

El secreto de mi jardín

FERMIN GOÑI

© Fermín Goñi

Primera edición: noviembre 2013

Segunda edición: diciembre 2013

Tercera edición: febrero 2014

Cuarta edición: abril 2014

Primera edición México: marzo 2020

DISEÑO

Bermer&Co.

ISBN

978-84-15756-31-6

DEPÓSITO LEGAL

NA- 1838-2013

IMPRESIÓN

México

PARA LEER EN LIBERTAD AC

IMPRESO EN MÉXICO

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.



El secreto de mi jardín

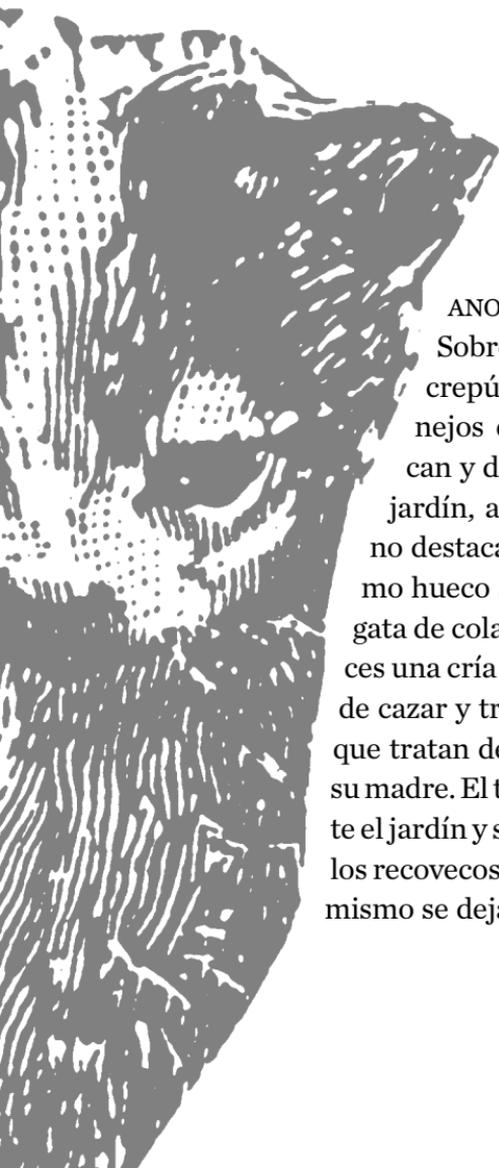
FERMIN GOÑI





I

DIME ALGO



ANOCHECE.

Sobre la fugaz claridad que deja el crepúsculo se puede ver a dos conejos que tras comer hierba brincan y desaparecen por un hueco del jardín, a la vera de un madroño que no destaca por sus frutos. Por ese mismo hueco aparece un rato después una gata de cola fugitiva llevando en sus fauces una cría de conejo exangüe que acaba de cazar y tras ella dos diminutos gatitos que tratan de cazar, a su vez, las ubres de su madre. El trío recorre longitudinalmente el jardín y se pierde en un extremo entre los recovecos de una hiedra tupida. Por allí mismo se deja ver un erizo que da tres pa-

sos y se para. Da tres pasos y se para. Da tres pasos, se para, respira de manera estentórea y se enrosca en su esfera de púas.

Otro gato está cruzando el predio persiguiendo a un estornino torpe que acaba de picotear el suelo para saciarse de típulas. El estornino finalmente levanta el vuelo y el gato se fija en el erizo, que sigue envuelto en su balón de pinchos. Lo zarandea con su pata derecha, pero el erizo no pierde su forma y las púas hacen imposible que el gato lance un ataque siquiera de fortuna. El gato se queda mirando y el erizo se convierte en una bola sin orificios, inabordable. Al poco rato el gato vuelve sobre sus pasos y el jardín se adorna con un globo de pinchos inmóvil que sólo abandonará su postura cuando la luz haya desaparecido por completo.

A todo esto, el señor Salanueva está sentado en una butaca con respaldo y culo de anea, pasada la media tarde y a media anqueta, refrescándose con una cerveza y mirando a lo lejos. Ha visto todas las escenas sin ser descubierto porque el lugar escogido para refrescarse queda fuera del alcance de la vista de los animales, ya que el jardín tiene dos niveles y él se encuentra en el más alto, protegido por una *Picea albertiana* cónica que lo camufla. Conrado Salanueva, el propietario de la finca, ha observado lo que otras veces; es decir, la lucha por la supervivencia diaria y quizá por ese motivo lo que han hecho los animales esta tarde de bochorno no le resulta extraño.

Pese a lo anterior, percibe en el ambiente un murmullo que no sabe interpretar porque no es el que provoca el viento sobre las hojas de sus árboles. El murmullo tiene, además, sonidos de telégrafo y hasta la melodía de una música de vals. Al menos, eso le parece. Desde hace un tiempo observa que en su soberbio jardín de dos alturas se produce un bisbiseo que no logra comprender y que le ha llevado a pensar que los árboles están hablando, que se comunican entre ellos, que se cuentan cosas de su vida.

Tras acabar la cerveza Conrado se pone en pie y marcha para un extremo de la finca, allá donde crece imponente un nogal de piel suave. Cuando está a su vera, acaricia el tronco y le dice circunspecto:

-Sé que estás hablando, pero no te entiendo.

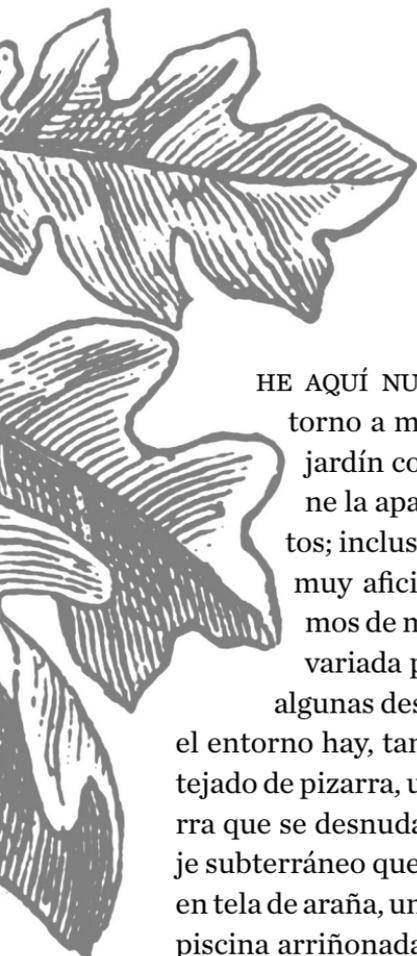
Un viento caliente que acaba de levantarse le previene de una lluvia que se ve a lo lejos y Conrado Salanueva se dirige a la casa. Antes de cruzar el umbral se gira hacia el nogal y le dice a voz en grito, esgrimiendo una sonrisa de compromiso:

-Habla claro, no te entiendo, dime algo...

El viento, sin quererlo, barre los sonidos.



LOS ÁRBOLES PENSAMOS



HE AQUÍ NUESTROS dominios domésticos: en torno a mil quinientos metros cuadrados de jardín con forma rectangular -diría que tiene la apariencia exacta de una caja de zapatos; incluso de campo de rugby, que mi jefe es muy aficionado a este deporte- donde vivimos de manera armónica especies varias, de variada procedencia y también variopintas, algunas desde hace más de cincuenta años. En el entorno hay, también, un chalé de cierto fuste con tejado de pizarra, una pérgola tapizada por hoja de parrá que se desnuda cuando llega noviembre, un garaje subterráneo que apelmaza cajas de vino acolchadas en tela de araña, una caseta de madera para avíos y una piscina arriñonada revestida de gresite azul cielo. De estas cinco edificaciones no toca ocuparme hoy por-

que, con cierto pesar, pertenezco a la especie vegetal, categoría arbórea, y me limito a retratar lo que acontece en mi entorno. Todo ello, sin embargo, no ha sido óbice para que al paso lento del tiempo haya ido adquiriendo alguna inteligencia y pequeños modos de comunicación, al igual que el resto de mis congéneres en el predio.

Por extraño que pueda parecer, así es: los árboles de este jardín pensamos un poquito, nos comunicamos entre los de nuestra especie, vemos, escuchamos, sufrimos y sabemos distinguir con meridiana nitidez la voz del amo, esa mano que nos cuida. Sucede que el dueño nos habla como si fuésemos acólitos y en muchas ocasiones pasa sus manos acariciando los troncos para darnos las gracias, simplemente por estar siempre allí -fijos como los muros de la casa- y hacerle compañía guardando el tipo haga buen o mal tiempo. Añadiré que mi jefe es un humano reservón y agradecido, sobre todo si el verano fue pródigo en cosechas, que para eso nos tiene.

Por lo que acabo de reseñar creo que ya se habrá notado que soy un frutal. Los cultos me llaman Juglans Regia, aunque todo el mundo me conoce como Nogal (este nombre parece que es más sencillo), y soy el único sin prótesis, acodos, implantes o injertos en toda la finca porque soy de naturaleza autárquica; es decir, que nací en mi esquinita porque una abubilla primaveral tuvo cierta necesidad ineluctable cuando

buscaba gusanos por el jardín y hubo de ir hasta un extremo para poner un huevito. Vamos, que se echó una cagada con semilla y germinó porque los de mi especie, además de fornidos, creo que somos endémicos en esta parte del mundo. De ese resto excremental provengo yo (aunque resulte duro constatarlo) y ésta es mi historia (y la de mi familia, los dueños, los visitantes, los vecinos. En fin, la de toda esta heredad y zonas colindantes).

Mi jefe se llama Conrado Salanueva (es un hombre que se aplica a rajatabla el principio chino -sabio ciertamente- según el cual para ser feliz es conveniente hacerse jardinero), la casa Villa Concha y el pueblo..., bueno, el nombre del pueblo mejor me lo callo no vaya ser que mis vecinos de jardín -que a fin de cuentas son la familia- se enteren de lo que voy a decir y se alteren de manera innecesaria, porque no pretendo ser cotilla en modo alguno. Digamos empero que vivimos cerca de montes, en clima atlántico, en un término municipal grande de poblaciones pequeñas y diseminadas -junto a un pinar que nos trae por la calle de la amargura porque lo ha invadido la familia de la *Thaumetopea Pityocampa*- y que nuestro predio está orientado mayormente al norte, y con eso ya está dicho todo.

De la señorita *Pityocampa* hablaremos más adelante porque se ha puesto insufrible y mi jefe, que es un tipo constante donde los haya, utilizando el tér-

mino que acuñara Simón Bolívar en su camino hacia la independencia de América del Sur cuando peleaba contra las tropas españolas, le ha declarado guerra a muerte. Guerra a muerte al invasor, ha dicho, y tiene sobradas razones para actuar de este modo, según iré explicando más adelante de forma razonada, porque no es éste un tema menor. Y menos para el jefe.

VIVIMOS EN UN ESPACIO apacible -donde años atrás las gentes del lugar cultivaban cereal- dividido en dos alturas. Arriba, la zona noble, la planta primera, estamos casi todos los frutales, los decorativos y el más viejo del lugar, un platanero que vive aquí desde los orígenes de la finca, hace unos cincuenta años. En la parte de abajo (nosotros lo llamamos planta baja, como si formáramos pieza de unos grandes almacenes), a la que se accede por un simple escalera con peldaños de traviesa de ferrocarril, hay un seto que moldea la familia de los *Eleagnus Ebbingei* (elegantes como sólo ellos pueden serlo), algunos frutales de hueso, unos *Juniperus Sabina tamariscifolia* formando mancha y veinte metros lineales de *Nerium Oleander* (las populares adelfas) de flor roja -plantados para tapar vergüenzas que dejan al descubierto los arquitectos- con los que el jefe no hace carrera los veranos a causa de su propensión genética para atrapar hongos que le cercenan el follaje. Incluso ha llegado a decir que son plantas de segunda mano, que se las vendieron como usadas, va-

mos, porque se cogen todas las enfermedades habidas y por haber. Algunas tan mortales como el cancro (imágínense los humanos que este trastorno es tan dañino como la gangrena), que les lleva directamente al montón de hacer compost. Creo que don Conrado está pensando arrancar la ringlera y plantar *Euonimus Japonicus Aureopictus*, que dan poca guerra con las plagas y menos todavía en la poda.

Y, ¿dónde estoy yo? En una esquina, en el límite de la primera planta con la baja, en el rellano de la escalera, entre un *Arbutus Unedo Rubra* (no alarmarse: estamos ante un simple madroño) que está muy malo y una *Yucca Filamentosa* que sigue convaleciente de las heladas del invierno pasado, que la dejaron hecha una pena: ni un sarpullido de hojas le quedó sano. Vivo en la esquinita nordeste del rectángulo algo protegida por el seto compacto de *Viburnum Tinus* que plantó el vecino, porque cuando sopla el viento que llega del norte (casi diría que directamente del Polo) aquí no hay cristiano que aguante los resfriados; para los humanos son un incordio que mejora con aspirinas pero para nosotros los vegetales de savia fresca son las más de las veces mortales de necesidad.

A mí me trajo una abubilla y fui creciendo de manera bastante accidentada como ahora voy a relatar. Resulta que el jefe no tenía previsto que en el paraíso donde vivo hubiera especie alguna, porque es hombre que sabe respetar los espacios para todo el mun-

do y es conocido que la yuca suele ensanchar de hojas a partir del tercer o cuarto año hasta hacerse grandiosa. Por ese motivo don Conrado había dejado un espacio de casi tres metros lineales entre aquella y el madroño, que se llama Pepe y, como digo, se encuentra muy malito por un hongo que le tiene paralizado medio cuerpo (está como si fuera humano y le hubiera dado una embolia). Pero hete aquí que la abubilla se fijó en ese rincón, puso la semilla en la primera grada (es más bien un rellano) que conduce a la parte baja y las fuerzas de la sabia naturaleza hicieron el resto. Fui creciendo con muchas angustias porque a medida que en verano mi jefe notaba que había un brote de algo que no controlaba ni conocía, sacaba las tijeras de poda y, zas, me daba un tajo a ras de tierra que cercenaba cualquier esperanza de vida. Y, otra vez, vuelta a empezar. Así anduve unos tres o cuatro años, hasta que una tarde de junio de ahora hace siete don Conrado se fijó de nuevo en el brote, miró de arriba abajo el palitroque desafiante que asomaba cada año con un descaro propio de la edad y me dijo sin miramientos:

- Amigo mío, si has resucitado todas estas veces es que mereces vivir. Te voy a dar una oportunidad de crecer para vea a qué familia de la botánica perteneces, porque ahora mismo soy incapaz de distinguir si eres un arbusto, matorral o una especie de rango. Muéstrate como eres y en dos años desarrolla el tronco. Si resultas de buena familia te dejaré vivir. De lo

contrario, dijo mirando de soslayo al desmonte donde arrobiñaba los restos de la hierba del jardín y ramas del platanero, irás para compost. Es todo lo que ahora mismo puedo prometer.

Luego se fue a recorrer sus dominios avistando de reojo al cielo, a esas horas de la tarde plomizo y desafiante de nubarrones espesos.

CON ESTA CONDICIÓN tan incierta comenzó mi vida, y así fue hasta que pasó el tiempo de ensayo y el jefe comprobó que allí donde brotaba lo que él consideraba un simple palitroque silvestre ahora había un Juglans Regia en toda regla que crecía por encima de la yuca y el madroño, casi sin molestar a nadie, y sujetando la tierra en esa parte de la finca tan movediza.

Sin llegar a los cinco años (es decir, en la mitad del tiempo que señalan los manuales) di la primera alegría al jardín: desarrollé una copa de más de dos metros de diámetro y florecí sin pudor para ofrecer casi medio centenar de nueces, algo pequeñas de tamaño pero muy ricas de sabor. Mi jefe, que se quedó boquiabierto con semejante derroche reproductivo, dejó secar las nueces sobre papel de periódico y allá por diciembre se atrevió a degustar una, aunque sin mostrar gran confianza en mis posibilidades. La prueba, empero, resultó definitiva: los frutos eran de tamaño reducido pero de un sabor que para sí lo quisieran ésas que venden en bolsas transparentes y que

dicen venir de la americana California. Al menos eso fue lo que comentó el jefe en una cena familiar, cuando hablaron de la dificultad que para el humano supone encontrar plantones de frutal invulnerables al aluvión de plagas que soportan los árboles. Dijeron entonces que, a medida que los plaguicidas resultan más inútiles para combatir las epidemias del vegetal, son más venenosos para el hombre ya que se está produciendo una mutación en insectos, gusanos y hongos que los hace casi inmunes a muchos tratamientos químicos.

Con estos antecedentes, una mañana festiva – pero heladora como las colas de un centenar de pingüinos antárticos- don Conrado, a pesar del viento, del frío y de unos gotones de lluvia que comenzaban a caer amenazantes, vino hasta mi esquina y dejó caer esta premonición como si con él no fuera la cosa:

-Chaval, dijo, apúntate un ocho que vas en buen camino y tienes un futuro por delante.

No comentó nada más pero ese mismo invierno me hizo un colchón en la cepa amontonando compost y movió uno de los aspersores hasta dejarlo orientado a mi vera para que recibiera agua en verano.

-Te lo has ganado con tu esfuerzo, remarcó.

Luego, los días posteriores, siguió con los mimos que de forma involuntaria me prodigaba en cada momento y la relación continuó durante muchas tardes de otoño, cuando se pegaba parrafadas conmigo en la

soledad del jardín, creo que para desahogar la presión que sufría en el trabajo. Sí, creo que era por eso.

Un año más tarde, habiendo superado el centenar largo de nueces en la cosecha de aquel otoño, don Conrado hizo algo que es sacrilegio para los puristas pero que a mí me vino de perlas. Al llegar el invierno y bajar las temperaturas de una manera que estábamos todos petrificados, un mediodía de domingo se acercó a mi lado y me dio dos toques cariñosos con la palma de la mano antes de comentar:

-Voy a podarte para que engordes el tronco y te afirmes bien a la tierra que abrazas. Me interesa más que este año fortalezcas las raíces y el talle antes que cualquier otra cosa. Por esta razón, quedas eximido de la cosecha.

Para mis adentros dije:

-No se va a arrepentir, don Conrado, que me voy a amarrar a la tierra como mejillón a la roca y estoy dispuesto a engordar el talle para conseguir fuerza y exhibir un tronco que dará envidia al resto por su vigor, y también por la ductilidad que tendré para capear temporales. Aunque los libros de poda digan que al Juglans Regia no hay que tocarle una hoja, está usted haciendo muy bien. Que andaba yo un poco flojo de musculatura.

Esto fue lo que pensé entonces y a lo que me afané por conseguir en el periodo de tiempo más corto posible.

Dicho y hecho: al año siguiente de la poda de formación me puse como un toro (o como un roble, según prefieran) porque el abono del compost y la humedad que proporciona el agua del difusor me vinieron de maravilla, y lancé a las alturas un matojo de ramas que fructificaron divinamente. Tanto que en la última cosecha, la del año pasado, superé las ciento veinte nueces, y ahí seguimos, mejorando el producto. Ahora soy un árbol respetado y he echado un brote a mi vera al que don Conrado está pensando si le da otra oportunidad (el madroño se encuentra muy mal y a lo peor pasa a convertirse en compost antes de lo que esperamos) o lo corta para que no perjudique mi crecimiento y tampoco moleste la zangarriana que soporta de manera estoica el bueno de Pepe. Yo, a la fecha de hoy, carezco de criterio sobre el particular porque no noto que me afecte su crecimiento. De cualquier modo, es pronto para formar juicio y tener un veredicto. Veremos.

El más antiguo de toda la familia es un ejemplar de *Platanus Acerifolia*, un platanero que tiene cuarenta y ocho años y que fue podado para no crecer en altura ya que a los tres metros, más o menos, extiende hacia el cielo cinco ramas con forma de dedos (para que se hagan una idea: busquen los dibujos que el polifacético Eduardo Chillida hizo de la mano y es algo parecido) fuertes como el hierro. Nuestro platanero, al que aquí conocemos todos por el sobrenombre de El Abuelo, es el único superviviente de dos epopeyas que des-

quiciaron el predio: un incendio ocurrido hace veinticinco años que devoró gran parte del arbolado de la finca y el instinto asesino de la esposa de don Conrado, la innombrable. Me voy a extender un poquito en las explicaciones para que el sucedido resulte de fácil comprensión.

EL JEFE COMPRÓ la finca hace veinte años, cuando el anterior propietario decidió que hora era de vender la casa porque llevaba casi diez años sin habitar y no tenía sino gastos de todo tipo. La propiedad, entonces, tenía más de media docena de Platanus, un ejemplar soberbio de Tilia Platyphillos, dos de Cedrus Deodara que impresionaban, un Prunus Cerasifera nigra y multitud de Ligustrum Ovalifolium desperdigados por el perímetro. ¡Ah!, y un rosal Shot Silk, de tono rosado y tacto de terciopelo, cuya fragancia no se ha igualado todavía -y dudo que en algún momento se pueda igualar, como bien comenta todo el mundo por aquí- por ninguno de los hermanos de especie que plantó don Conrado posteriormente.

Dice el abuelo que el Shot Silk disfrutaba de una especie de sahumero que esclavizaba a quien inspirase su perfume porque la fragancia que exhumaban sus hojas parecía no tener fin. Tenía pámpanos de terciopelo y porte aristócrata; aunque bien es verdad que todas estas ventajas le sirvieron de muy poco con la innombrable: fue la primera planta que mandó

arrancar del terreno porque, dijo la muy ignorante, sus ramas pinchaban y eso era algo bien desagradable de soportar para una epidermis tan hiperestésica como la suya.

El jardinero que vino a arreglar el paraíso en que se había convertido la finca al completo, después de casi diez años sin que humano alguno hubiera hollado aquellas tierras, tuvo la terrible misión de quemar todos los hierbajos con un defoliante, dar forma a los aligustres mediante una poda enérgica, tumbar cinco plataneros (que habían sobrevivido con fortuna al incendio que hubo en la finca, algunos con heridas de consideración) y arrancar de raíz al rosal Shot Silk, que es conocido en todo el mundo de la jardinería por la intensidad de su fragancia.

Y digo esto con algún conocimiento de causa. Veamos: tanto rosal híbrido, tanto rosal floribunda, tanto injerto, tanta zarandaja han acabado por fabricar en invernadero rosales de plástico, sin alma ni esencia que los distinguan. Eso es al menos lo que predica el abuelo y a fe que tiene razón porque hay ahora en el jardín creo que cuatro variedades de rosal de pie, injertados, muy vistosos pero inodoros; ya digo, su hermosura parece modelada por figurines de plástico. Y, además, en el pecado de su descaro estético llevan la penitencia del pobre: cada verano sufren la incontinencia del oidio y la roya, cuando no de los pulgones. Vaya calvario, amigos.

REFERÍA CON ANTERIORIDAD que el jardín tuvo un incendio. Para ser más preciso sobre ese infortunio, las llamas vinieron del pinar que bordea nuestro norte como una ola gigantesca y se llevaron por delante todo el seto de aligustre que había, cuatro ejemplares de platanero y faltó el pelo de un conejo para que no reventara la casa por efecto del calor. De no ser por un camión de los bomberos, que llegaron justo cuando la orientación del viento había cambiado y estaban apareciendo como fantasmas aludes de fuego que trataban de chocar contra la fachada norte de la casa, a estas horas la finca hubiera sido una postal de destrucción y ruina. Afortunadamente para todos vinieron a tiempo y trabajaron sin pausa con un celo profesional digno de los de su sacerdocio, porque así debe llamársele a este oficio.

Al acabar el trabajo, tras medio día luchando contra los cambios de viento, el jefe de la patrulla le dijo bastante serio al anterior propietario:

-Sepa usted que vive junto a un depósito de gasolina, porque esta arboleda de *Pinus Sylvestris* es un auténtico peligro si no establece unos cortafuegos entre su finca y ellos. Separe el pinar al menos veinticinco metros del borde de su parcela ya que, si el incendio que ha padecido hoy ocurre de noche, adiós muy buenas señor mío. Se queda usted sin casa porque la revienta el fuego en dos golpes de calor.

El propietario no hizo oídos sordos al consejo del bombero pero tampoco pidió al ayuntamiento

que estableciera los cortafuegos o pusiera el remedio que considerase más ajustado: simplemente se limitó a vender la casa un año después, cuando los efectos del fuego estaban prácticamente disimulados por el paso de las estaciones (bendición del cielo, lo llaman algunos).

El incendio se llevó por delante un grupo de plataneros que asomaban hacia el norte pero hubo media docena que se salvó de la quema: uno con parte del tronco abrasado, el otro sin ramas, aquel molido a hachazos (los que recibió -sin merecer- de los bomberos cuando intentaban armar su propio cortafuegos) y el de más allá sin corteza ni ramas, desnudo en su propio eclipse. Una escena patética, decía el abuelo cuando traía a la memoria el sucedido. Pero, al menos, sobrevivieron y cuando al término de una anualidad estaban recuperados de tanto infortunio pasaron varios años de salud boyante en la soledad del jardín, hasta que don Conrado compró la finca y decidió que donde había plataneros iba a hacer caso a la innombrable y menester era mandar construir una piscina de ocho por cuatro con forma de riñón, revestida de gresite azul verdoso para que la señora se refrescara la planta de los pies cinco tardes en verano que soplaba el viento templado del sur.

La alberca se hizo en tiempo y forma pero, entonces, aprovechando el mismo viaje, los dos plataneros que habían quedado en los alrededores de los bordes

también se fueron al suelo molidos a golpes de motosierra porque, decía la innombrable sin pudor alguno que le incordiara, daban sombra a la piscina y molestaban con sus hojas. Y ahí no acabaron los despropósitos ya que un día de julio, muy de mañana, la susodicha llamó al jardinero, preparó una filípica sin sentido que fue largando cuando paseaba por el predio seguida casi a rastras por una brisa que despejaba el alma y le hizo tirar un soberbio ejemplar de Tilia, nuestro querido tilo, con casi diez metros de altura, que daba gloria verlo, dice el abuelo. ¿El motivo? Bien simple: que sus hojas atoraban el skimmer (un canalillo por donde la depuradora absorbe el agua para limpiarla) de la piscina y no recirculaba la linfa como debiera, y ella quería. Una sinvergonzonería mayúscula que mis compañeros de foresta no han dejado en el olvido, ni podrán dejar nunca jamás, como se verá más adelante en este relato.

El jardín perdió un ejemplar soberbio, los pájaros de todo tipo que sobrevuelan las copas de mis congéneres una casa (incluso un refugio) y la madre de don Conrado la tila con la que se hacía infusiones cada noche antes de acostarse para templar los nervios. Dice el abuelo sin recurrir a la épica que vio llorar en modo muy desconsolado a esta señora cuando llegó un día para visitar a su hijo sin previo aviso y se encontró con el espacio vacío que había dejado el árbol junto a un reguero de virutas que amarilleaba el suelo. Por más

que le explicaron la cuestión del skimmer y todas las excusas que puso la innumerable para mandar talar el tilo la señora, que debe ser de muy buena pasta, le reprochó a su hijo con firmeza:

- No tienes corazón, Conrado. Ni tampoco sentimientos. Mira que sacar de raíz un árbol de este porte por una cuestión tan necia... A ti te tenían que haber arrancado un brazo sin anestesia. Te ibas a enterar, cabestro.



3

UN ATAQUE DEMOLEDOR DE PULGÓN



LA LIMPIA DEL JARDÍN no quedó reducida a los platane-
ros que habían sobrevivido al incendio (con malfor-
maciones de todo tipo), ni a la tala ominosa del tilo
que de forma humilde exhibía al pampero sus fru-
tos colgantes como si fueran castañuelas. Para
nuestra desgracia la destrucción del jardín
original no frenó ahí porque la señora de don
Conrado, que se llamaba (se llama) Adela y a la
que nunca me referiré por su nombre a causa de la
animadversión que ostenta hacia toda especie ve-
getal que no sea la verdura que cocina, decidió que
su parcela debía quedar diáfana en los alrededores
de la casa porque las raíces próximas de algunas es-
pecies podían mover los cimientos de la vivienda.

Es posible que tenga razón, para qué negarlo,
pero tamaño problema se hubiera solucionado cor-

tando las raíces (obvio es decirlo, en invierno) más próximas a la edificación, siempre sin dañar al árbol, o haciendo un murete de hormigón, un zuncho, por debajo de la piedra rojiza que bordea, como una pequeña acera, toda la casa. Cuando uno quiere a los árboles siempre busca una solución práctica antes de segar su vida con la tala; eso es lo último que debe hacerse. En este caso no hubo escapatoria y eso a pesar de los consejos que le dio el jardinero que fue llamado para encargarse de un trabajo tan engorroso y duro para alguien que vive de la especie vegetal. El abuelo dice que el jardinero, cuando comprobó in situ el trabajo que le estaban ordenando, trató de convencer a la innumerable para que buscara otras fórmulas menos agresivas (por llamarlas de alguna manera) antes de meter la motosierra en árboles tan singulares. Pero ella, erre que erre, orgullosa en su desidia, dijo no, y punto en boca.

Se trataba de dos ejemplares de *Cedrus deodara* de casi cincuenta anualidades (cuando los acabaron de talar, el jardinero contó las capas concéntricas del tronco y dictaminó que tenían cuarenta y ocho años), de porte llorón como todos los de su especie y con el vástago apical tumbado casi noventa grados. El que estaba en el vértice sureste de la parcela había sufrido la mutilación de las ramas bajas para dar cobijo a unos muebles de plástico blanco donde retozaban don Conrado y esposa muchas tardes de festivo que hacía

buen tiempo (el árbol se vengó de la mutilación tirando desde entonces gotitas de resina sobre la falda de la innombrable cuantas veces se sentaba a tomar la fresca; la señora no ganaba para tintorería).

El abuelo contó que al poco de estar viviendo la nueva familia en el chalé, este cedro (el mutilado por la parte baja) tuvo un ataque demoledor de pulgón combinado con negrilla y hormigas que estuvo a punto de costarle la vida. El suceso transcurrió así: estaba don Conrado tumbado en una de las sillas reclinables, a la sombra de la conífera, leyendo el periódico a media mañana cuando vio una procesión morrocotuda de hormigas que, frenéticas, escalaban de manera mecánica el cedro y volvían casi por la misma vereda hacia su nido, excavado en las raíces del árbol. El jefe se quedó observando al ejército invasor y descubrió que el árbol tenía sus ramas recubiertas por protuberancias diminutas de color negro, que a su vez estaban forradas por una especie de ceniza del mismo color en donde escarbaban las hormigas buscando dios sabe qué.

Por aquel entonces don Conrado no tenía los vastos conocimientos de jardinería y botánica que atesora hoy en día, por lo que buscó en los manuales de la casa Bayer qué tipo de plaga podía estar atacando al árbol de semejante manera. Del primer vistazo dedujo que los puntos negros eran pulgones, la ceniza un hongo que se llama negrilla y que las hormigas, aprovechadas al máximo en arramplar lo que otros producen

(sobre todo si es dulce), estaban en el árbol llevándose la secreción pegajosa que origina la acción del pulgón cuando éste ataca con todas las de la ley.

Don Conrado, que llevaba una idea algo aproximada al problema real, se dispuso a mirar en los anaqueles del garaje con el propósito de indagar cómo andaba de reservas fitosanitarias para atajar el problema que le carcomía. Y, realmente, andaba mal porque en aquella estancia no había remedio químico alguno que viniera al pelo. Así que volvió de nuevo al árbol llevando una escalera y comprobó estupefacto, a medida que iba escalando peldaños, que el árbol estaba más y más infestado por la mezcla mortal de pulgón y hongo. Parecía que el cedro tuviera un forro negro de hollín, una funda funesta para protegerse de la lluvia, o algo parecido. Así que decidió llamar al jardinero que le hace los trabajos de mantenimiento para ver de qué forma podía extinguir la enfermedad del pobre cedro.

Y el experto le dijo lo siguiente:

-Tiene la mayor invasión de pulgón, negrilla y hormigas que he visto en mi vida y, créame, he visto algunas. Hay que fumigar con un caldo que sea una mezcla de antipulgón y fungicida, pero habrá que hacerlo con mascarilla porque los productos para atajar el problema del pulgón son muy agresivos y, por ende, peligrosos para el hombre por su toxicidad. Aquí, en esta conífera, precisó el experto jardinero dejando caer su conocimiento empírico, se ha producido lo que llama-

mos colaboración perversa. Me explico. Los pulgones aparecen por decenas de millares cuando hay humedad y calor, y se instalan en las ramas para chupar la savia. Pero, el cedro en este caso, emite unas sustancias como reacción a la picadura que son bastante ricas en azúcares y por derivación esto provoca la aparición de unos hongos saprofitos (los que viven de la descomposición de sustancias) que son los responsables directos de que se produzca la fumagina, es decir, la negrilla, y que acaban por devastar el árbol. Y al olor del dulce llegan las hormigas, que es por donde siempre hay que empezar en las plagas. La hormiga te conduce al problema, ya que en sí misma no es un problema. Quiero decir que, por ejemplo, si hay pulgón, necesariamente hay hormiga. Y uno se dará cuenta de que tiene una invasión de pulgones porque verá recorrer la planta, de manera frenética, a una legión de hormigas que van arriba y abajo llevando la comida a sus nidos. De modo que hay que vigilar siempre el vegetal que presente hormigas en su tronco porque allí habrá otro problema, y de mayor magnitud, no tenga duda.

Este fue el escolio sobre la enfermedad que asolaba al cedro.

DON CONRADO ESCUCHÓ muy atentamente las explicaciones de Antonio, el jardinero, y sin ningún preámbulo dio la orden de intervenir con carácter de urgencia inmediata, si así pudiera ser. Al día siguiente dos per-

sonas que vestían buzo verde y se tapaban la cabeza con caperuza negra, gafas de ventisca y mascarilla llegaron al predio portando en la chepa unas mochilas plásticas a motor y fumigaron varios depósitos con un caldo blanquecino trepando por una escalera metálica desplegable; estuvieron casi tres horas rociando el árbol. Dos días más tarde volvieron y espolvorearon la parte baja del tronco y el basamento, al modo del botafumeiro, con un producto anti hormigas. Semanas después repitieron la operación y nuestro amigo el cedro volvió a recuperar en poco más de mes y medio su estado de lozanía que exhibía antes del ataque combinado de pulgón y hongo.

Pero le sirvió de bien poco, como vimos después. Porque la innumerable mandó talar el cedro que había estado averiado y, también, a su hermano que se encontraba en la misma línea, unos diez metros más al este, porque, decía en su idiotismo, daban sombra en exceso a la vivienda y estaban moviendo con el crecimiento de sus raíces los cimientos de la casa. Y no contenta con eso comentó también sin la menor pereza que era absolutamente necesario talar al Prunus, nuestro cerezo de hoja enrojecida, porque ni daba frutos, ni producía sombra, ni servía para nada que no fuera ensuciar el jardín en otoño. Únicamente quitaba vistas (la miopía de la innumerable se propagaba, como se ve, no solo a la vista sino también a su sentido del ridículo, por no hablar de otras cosas peo-

res). Con estos antecedentes, un día el abuelo descubrió moqueando que se había quedado prácticamente solo en el jardín: de su quinta únicamente vivían varios metros lineales de aligustre, que habían recibido una poda en anchura y altura tan severa que cualquiera hubiera podido pensar que los habían mutilado para siempre jamás. Por fortuna no fue así y todavía hoy se mantienen formando el seto que separa nuestro jardín de otras dos parcelas colindantes, aunque con un problemilla que más adelante explicaré porque tiene su enjundia.

Sin cedros, ni tilo, ni cerezo, ni rosal, ni platane-ros el abuelo se encontró abandonado y solo, casi con ganas de que alguien lo derribase y pasara al montón de desperdicios para compostaje. Fue entonces (de esto debe hacer unos quince años) cuando don Conrado decidió la reconstrucción perimetral del jardín, dejando para un parterre especies que hasta entonces no se habían visto nunca por el lugar. Arrancó los aligustres que bordeaban la finca del vecino en el nordeste porque decía, con buen criterio, que prefería el *Viburnum*, el durillo, del prójimo, que era más elegante y estaba un poquito más elevado. Esa zona la dejó en barbecho para una hilera de frutales que proyectaba diseñar con tiempo y dedicación ya que, aseguró, pretendía especies de alta calidad gustativa y porte suntuario. En la esquina sureste, donde reposaban las raíces del cedro que había sido atacado por una invasión

de pulgón, hizo construir una pérgola que bordeó con traviesas de ferrocarril y tierra vegetal para plantar un par de coníferas bajas y variedades de *Vitis vinifera* (uva blanca y negra) que pensaba cultivar.

Junto a la piscina delineó un parterre en forma de alubia donde encajó con sus manos un *Taxus baccata Fastigiata* (el tejo, la única conífera que produce frutos, aunque bien venenosos), dos *Chamaecyparis lawsoniana Minima Aurea* y un par de rosales de pitiminí. También rediseñó la planta baja porque plantó *Hedera colchita Dentata Variegata* (una hiedra amarilla y verde que da gusto verla) para separar nuestro jardín del vecino noroeste y tapar los bajos que habían quedado al descubierto tras la construcción de la piscina. Fue haciendo estas cosas (y otras muchas más que debido a su menudencia no conviene reseñar ahora) para conformar un jardín abierto al pinar y a la ciudad que, aunque próxima en la visión, siempre se nos antoja lejana y distante a quienes aquí vivimos.

Don Conrado dijo también en aquellos días que por cada hijo que naciera en su matrimonio iba a plantar un ejemplar que tuviera más de un metro de altura de *Cupressocyparis leylandii*, aunque nunca tuvo claro dónde porque en materia de elegir destino a las especies suntuosas nuestro jefe no es el primero de la clase. A fe que no.

El hecho es que un día el abuelo vio venir al jardinero Antonio con un plantón de ciprés de Leyland

y aquello fue una alegría para todos porque significaba que los dueños iban a ser padres, como así sucedió cinco meses después. Año y medio más tarde repitió la operación con un *Libocedrus Decurrens aurovariegata*, ya que don Conrado completó la familia con otro niño y dio por concluido el ciclo reproductivo: los hijos tienen ahora diez años (Marta) y ocho (Pablo).

Sin embargo, los árboles que representan el crecimiento familiar y la continuidad de la especie siguieron un rumbo muy poco ortodoxo al principio de los tiempos. El ciprés estuvo hincado durante meses en lugar privilegiado de la zona noble, bien al norte, mirando frente por frente a una ventana del salón de la casa que da vida al comedor. La zona es muy bonita y el árbol quedaba bien, pero no era del gusto del propio ciprés y nuestro amigo se negó a crecer. Pasó tres años orientado al duro norte con más pena que otra cosa hasta que un fin de semana cercano a la primavera don Conrado se armó de valor y comenzó a excavar la tierra para tratar de sacar al árbol con su cepellón; quería trasplantarlo a otra parte porque el lugar elegido no era el preferido del ciprés y así era imposible que se desarrollara (el jefe advirtió este problema al año de plantarlo).

Para quien no esté al tanto de los avatares de un vegetal conviene explicar que las plantas tienen siempre su sitio y si no lo encuentran difícilmente se desenvuelven. Eso era lo que estaba pasando con el ciprés

de Leyland, que estaba realmente incómodo en una zona desprotegida a merced de las corrientes del viento norte, una amenaza mortal para cualquier especie verde. Por eso don Conrado pensó que el ciprés se iba a encontrar mejor en la planta baja, también al norte, sí, pero protegido por la hilera de Eleagnus y por los pinos cercanos.

Con este razonamiento el traslado se hizo cuando estaban templando los fríos y el jefe se ocupó de trasplantarlo -con todo el cepellón que pudo extraer- hasta el agujero que había hecho en la planta baja, a resguardo. Incluso procuró tierra bien fértil para recubrir las raíces y se tomó la molestia de poner, al fondo del hoyo, varias cáscaras de plátano (del mismo que come usted en su casa) ya que son muy ricas en minerales y otros elementos que gustan a la especie verde. Y aquello fue el milagro de las maravillas porque ese mismo verano el ciprés dio un estirón de medio metro y ahora ya se puede decir que es un ejemplar adulto que nuestro jefe modela a tijera, sin pereza alguna, con la paciencia que pueda mostrar una hilandera en su trabajo.

DEL LIBRO CEDRO DIRÉ que tuvo un comienzo similar. Estaba junto a la yuca, pero aquel no era su sitio y se notaba raquítico, incluso podría asegurarse que fámélico. Pero conociendo ya las ventajas de estar en lugar bien protegido, don Conrado lo trasplantó junto a la pérgola; es decir, volvió a plantarlo en zona simi-

lar pero diez metros más adentro con lo cual eliminaba parte de las corrientes de aire que sufría el árbol, y aquello fue mano de santo.

El libocedro raquíutico es ahora un árbol de porte señorial, aunque un poquito hipocondríaco, según mi criterio. Resulta que todos los años, tan pronto como llega la primavera y suben las temperaturas, se deja engañar por un hongo que le chupa la savia y lo deja por unas semanas una pizca lelo. Y si el jefe no se da prisa en utilizar un fungicida basado en cobre, el árbol ese año las pasa canutas para desarrollar las ramas. Así que por el mes de marzo don Conrado le da una poda ornamental, muy suave, sólo para mantener la apariencia de forma cónica, y lo rocía con un caldo fungicida que le deja las ramas tricolores: verde y amarillo, como corresponde a su variedad, y azulón por la sustancia cuprífera que lleva el producto. Y es la risión general de todo el jardín (él lo lleva con resignación) a causa de su cono multicolor. Pero ambos, libocedro y ciprés de Leyland, han encontrado eso tan difícil que se llama su sitio, que es donde van a vivir y desarrollarse sin problemas porque les favorece el sol, la tierra es del tipo que necesitan, hay humedad suficiente, están fuera de las corrientes de aire que matan a cualquiera etc.; vivir para contarlo.

A mí, que soy de lo más resistente porque no nací en un invernadero ni he pasado por vivero, ni siquiera tengo injerto alguno, este tipo de cosas me traen al

paño, pero visto lo visto he de admitir que los vegetales tenemos nuestro sitio preasignado y fuera de él las pasamos canutas, como acabo de explicar.

Sucede algo parecido con las mal llamadas plantas de interior. Digo mal llamadas de interior porque como tal no existen: todas son (somos) de exterior, o ¿es que alguien se piensa que una planta nace de manera espontánea junto a una librería, en el borde del anaquel que almacena las obras completas de algún autor ilustre que jamás nadie leyó, sin sustrato ni agua y se desarrolla por arte de birlibirloque? La respuesta, obvio resulta decirlo, es no. Lo que sucede es que hay especies de climas cálidos que es preciso mantener (con su riesgo, claro) a cubierto porque de lo contrario se morirían de frío y acabarían secas en cuestión de días. Incluso, esa misma especie se desarrollará de una manera bien diferente si vive en el interior de la casa pero soportando a diario la fumarada de los fumadores, las corrientes de la calefacción, los humos de la cocina, la falta de sol, la ausencia de ventilación etc., o si está simplemente en su hábitat, que es lo propio y lo justo. Para muestra les dejo este botón.

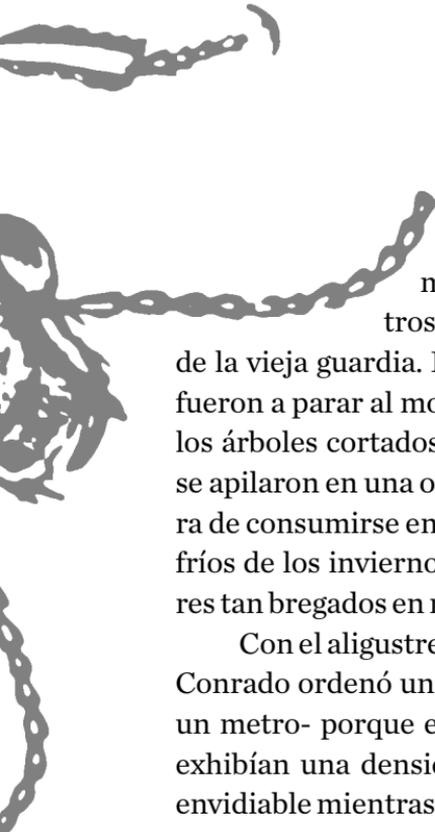
Muchos de ustedes tienen o han tenido algún ejemplar de *Ficus benjamina* en casa (pongo este ejemplo porque es uno de los arbustos que más se prodiga en las viviendas; no hay razones especiales). Seguramente estará en las mejores condiciones posibles -eso es lo que usted cree-, se pondrá bien verde

en verano y en invierno dejará caer alguna hojita marrón, ¿no? Pues ese mismo Ficus, plantado -pongo por ejemplo- en Marbella, al aire libre de la solana mediterránea, será un árbol con todas las de la ley que dará gusto verlo por la densidad del follaje y el tono firme de su color (no les quiero contar lo que sucede cuando el arbolejo se cría en Miami, pero intuyo que llegarán a imaginarlo). Jamás logrará ni la mitad de la mitad viviendo en una casa de clima menos templado, se ponga el dueño como se ponga y aplique los abonos que aplique (y, si me apuran algo, como se le vaya la mano con la sobrealimentación el arbolito se irá de este mundo en un santiamén). Es ley de vida. Por cierto, recuerden siempre este axioma: se mueren más las plantas por exceso de agua que por sed. De modo que aplíquense el cuento y sean prudentes con los riegos de quienes viven a cubierto. En ello les va la vida, aunque muchos no lo crean (pura ignorancia).



4

LA CAZA FURTIVA DEL COLEÓPTERO



EL JEFE FUE CONFORMANDO un jardín a su gusto dejando únicamente un platanero y varios metros lineales de aligustre provenientes de la vieja guardia. El resto, como ya se ha explicado, fueron a parar al montón de compost y los troncos de los árboles cortados, una vez que Antonio los troceó, se apilaron en una oquedad de la planta baja a la espera de consumirse en la chimenea durante los días más fríos de los inviernos. Triste final para unos ejemplares tan bregados en mil batallas.

Con el aligustre pasó otra cosa. El primer año don Conrado ordenó una poda enérgica -los cortó más de un metro- porque estaban famélicos: las ramas altas exhibían una densidad de hojas y un color bastante envidiable mientras que la parte baja estaba desnuda y

despoblada. También abonó los setos con un producto de liberación lenta a la espera de que en un par de años el arbusto recuperase los brotes por igual y creciera en forma armónica formando una auténtica pantalla.

Hay que tener en cuenta que el jefe los mantuvo en la parte sur -donde lindaba su finca con la de otro vecino, muy descuidado en las labores del jardín- y en el oeste, cerca del caserón de don Pascual, próximos a una hilera de *Populus nigra Italica*, vulgo álamo, que éste plantó tiempo atrás. A lo que se ve el aligustre tenía encomendada la misión de aislar visualmente la finca de don Conrado del resto de edificaciones colindantes y hacer pantalla acústica. Como explicaba, al cabo de un par de años de cuidados bien poco intensivos los dos setos de aligustre volvieron a su ser -unos dos metros de altura-, exhibiendo un follaje bastante denso que brillaba en verano lo mismo al sol que a la luz de la luna (esto de la luna no lo digo a humo de pajas, como ya se podrá comprobar en otras páginas futuras), y eso que no es una especie de las consideradas suntuosas. Unos meses antes el jardinero Antonio le había recomendado a nuestro jefe mantener este arbusto en su sitio porque decía que era muy inmune a las plagas y los hongos. Una mentira piadosa, como trataré de demostrar más adelante.

DON CONRADO, EN CUANTO llegaba el buen tiempo, pasaba (ahora lo hace con menos frecuencia) buena par-

te de la sobremesa de las cenas en una terraza cubierta, repantigado en un sofá, frente por frente con el seto que le separaba del vecino descuidado (omitiré su nombre porque no es persona de mi agrado; únicamente me referiré a él como el vecino incómodo). Allí se tomaba un café y dos copitas de moscatel frío proveniente de las cubas de unos bodegueros apellidados Chivite (debe ser pura gloria bendita, según comenta el abuelo, que lo veía todas las noches aplicándose con la ambrosía), antes de darse una vuelta por sus posesiones -como dice él- para comprobar que todo estuviera en orden.

En los primeros años el jefe encendía todas las luces externas para iluminar los alrededores y la casa misma, pero dejó esta costumbre en el baúl de los recuerdos cuando comprobó que la luz atraía a una legión de moscas, libélulas, moscones, polillas, mosquitos y otros revoloteadores que, a la postre, entraban en la casa y necesitaba un cargamento de atomizador para fulminarlos (por no hablar del mosquito zumbón que les despertaba sobre las cuatro de la mañana después de haberles picado, a don Conrado y a la innumerable, en todas las partes más blandas de la piel). De modo que mi jefe acabó encendiendo únicamente las luces de la terraza y cuando tocaba dar la vuelta de vigilancia lo hacía encadenado a una Mag-Lite similar (o igual) a las que llevan los policías americanos en las películas de terror.

Armado de su linterna recorría los cuatro rincones y en la noche comprobaba que los erizos estaban a la caza del caracol, que los gatos iban a la busca de los ratones, que la araña se disponía a chupar hasta la extenuación la avispa que había quedado enredada en sus hilos, que las babosas se escondían entre las hiedras para darse un atracón, que el caracol se comía los brotes de la parra y que, en fin, la fauna estaba despierta y muy activa como corresponde a los nictálopes de raza. También vigilaba la invasión de pulgón en los rosales y se aseguraba de que los difusores funcionaran correctamente cuando el automatismo del riego comenzaba a operar, que era sobre la una de la madrugada.

De ahí vino el descubrimiento de lo que llegó a ser el gran problema para el dueño de la casa. Precisamente por asegurar que el agua salía por donde debía, una noche advirtió que uno de los difusores que estaba en línea con el seto de aligustre que le protegía del vecino incómodo funcionaba de un modo desproporcionado ya que había una fuga y se estaba produciendo una pequeña inundación de la zona, en perjuicio del resto del jardín que se quedaba in albis. Paró don Conrado el riego y, estando agachado tratando de arreglar a mano lo que no era sino un simple problema de ajustar la rosca de la boquilla, observó a la luz de la linterna que en aquella parte del seto había multitud de insectos negros que se estaban comiendo en amigable compañía los bordes de las hojas más tiernas del aligustre.

Puesto en pie recorrió parte del seto y quedó pasmado ante el ataque voraz que aquellos pequeños animales estaban propinando a las hojas de la especie.

Dejó que pasara la semana y el sábado por la tarde, cuando ya se estaba metiendo el sol por entre los tejados de los vecinos, fue al garaje para llenar el pulverizador de mochila con Baytroid ya que identificó en los manuales de Bayer a su insecto como la pulguilla de la col. Con un hilillo de luz -por ser la hora que era- roció con generosidad las hojas de los dos setos de aligustre y quedó en paz con su conciencia en la seguridad de que la plaga caía en cuestión de días muerta por la ingesta de hojas (que estaban recubiertas del potente veneno). No volvió a preocuparse del problema hasta tres semanas después, cuando repitió la operativa con su mochila de fumigar cargada a la espalda tras haber libado una copita de moscatel según sus preferencias.

Las operaciones para erradicar lo que parecía una pulguilla de la col quedaron en suspenso porque el jefe tenía el convencimiento de que el caldo insecticida habría surtido efecto y por las hojas del seto ya no debían quedar sino cuatro moscas descuidadas en busca de refugio para pasar la noche. Así lo pensaba hasta que una atardecer, cuando leía la prensa en su butaca de la terraza trasegando un güisqui escocés comprado en la propia destilería, a las afueras de Edimburgo, vio a tres o cuatro de aquellos insectos negros con forma de gorgojo cómo merodeaban por sus

zapatos, desorientados, ya que se encontraban a cuatro metros de distancia de su lugar habitual en el seto. Mi jefe tardó un rato en reaccionar pero sacó de nuevo la linterna Mag-Lite (se había comprado un cargamento de pilas alcalinas que, a la postre, sustituyó por un juego de recargables en aras de la economía) y recorrió con detenimiento el seto, ya de noche, hasta comprobar estupefacto y furioso que la numerosa colonia de insectos masticadores estaban en su salsa a plena dedicación, atacando con especial saña y devoción los brotes nuevos de la planta.

Así las cosas esperó al lunes para consultar con Antonio qué solución había para el problema. El jardinero le respondió que al aligustre, un arbusto de clase media pelona, no se le conocían plagas aunque bien pudiera tratarse de un masticador con mucha hambre al que había que darle matarile pulverizando las hojas atacadas con un caldo de Baytroid cada quince días. Sonando esta milonga pasó un año: iba don Conrado rociando los setos a contraviento dos veces al mes sin dejar ni uno, exhibiendo en su trabajo la fe del carbonero porque pensaba, ingenuo, que la química haría su trabajo como reseñan los manuales, y en un verano cuestión resuelta. Pero no fue así para su infortunio. Al año siguiente el problema era todavía mayor, si cabe.

ALARMADO PORQUE el seto no se estaba desarrollando conforme a lo previsto, ya que el voraz bicho se comía

todos los brotes y parte de las hojas viejas, don Conrado cogió tres de aquellos insectos, los guardó en papel de aluminio y mandó una carta a la casa Bayer demandando ayuda, adjuntando también los protagonistas del destrozo. Al cabo de veinte días un responsable de la multinacional química le respondió por carta, muy amable, indicando el nombre del coleóptero (que no me viene ahora a la memoria porque esto lo contó el abuelo tiempo atrás) y recomendando que siguiera con el tratamiento de Baytroid.

Durante ese verano don Conrado mantuvo una disciplina cuartelera en la aplicación de las duchas con caldo de Baytroid, pero el fenómeno ni menguaba ni aquella era la solución. De forma que, harto ya de estar harto, don Conrado apresó otros tres coleópteros y se personó en un establecimiento de la ciudad -muy reputado por la variedad de fitosanitarios que exhiben- y preguntó qué remedio había para acabar con la plaga. Le recomendaron un producto similar al de Bayer (comprobó después que tenía los mismos componentes químicos) y fumigó con aquello en tres ocasiones, una de ellas en manga corta y con viento de cara, lo que le produjo una reacción alérgica de tal calibre que sobre las tres de la madrugada de un sábado, reventado por pequeñas manchas rojas que le hacían sufrir por su picor, hinchado y con algo de fiebre, fue al hospital más cercano pidiendo árnica y lo ingresaron con suero en la vena hasta que pasaron horas veinticuatro y la

reacción quedó en nada. Pero se llevó un susto de proporciones tan singulares que las siguientes veces que le tocó fumigar lo hizo vistiéndose un buzo cerrado, con gorra de beisbolista y mascarilla. Todo un espectáculo.

Para su desgracia la cuestión no quedó ahí porque la marabunta seguía su paso y el coleóptero continuaba la marcha imparable camino de consumir el seto. Fue entonces cuando don Conrado demostró que su constancia no tiene límites, al igual que su amor por el jardín. Una noche, con las pilas de la linterna recién cargadas y las suyas propias rebosantes de determinación, se colocó en un extremo del seto que bordea al vecino incómodo rebozado con unos guantes de goma, un plato blanco de postre y la linterna bajo el sobaquillo derecho como si fuera un picador. ¿Dispuesto a qué? Dispuesto a matar con sus manos la legión de seudogorgojos que minaban el seto. Don Conrado localizaba los bichos, acercaba el plato para contrastar los colores (no debe resultar fácil distinguir un pequeño insecto negro en la oscuridad de la noche) y con su mano izquierda cogía los coleópteros y los aplastaba sin piedad alguna. Si alguno caía vivo en el plato porque se movían las hojas, ídem de lienzo.

El safari nocturno se fue prolongando semanas y años. Don Conrado, cada vez con más pericia, sacrificaba coleópteros al ritmo frenético de una media de ochenta diarios mientras los vecinos incrementaban la sensación de que mi jefe era un tipo chiflado que se

pasaba gran parte de las noches escrutando con la linterna Dios sabe qué frente a los setos (algunas veces, en los días más calurosos del verano, vistiendo unos simples gayumbos para mayor vergüenza del vecindario). Pero el jefe estaba a lo suyo, a extinguir la plaga que impedía al aligustre desarrollarse en las condiciones debidas. En su trabajo exterminador don Conrado advirtió que a finales de agosto los coleópteros se acoplaban (suponía que estaban en pleno acto sexual, copulando para garantizar la continuidad de la especie) lo que supuso al comienzo una preocupación añadida y luego, cuando se puso manos a la obra, un gran alivio: ahora podía cazarlos de dos en dos sin mayores esfuerzos y, en el mismo espacio de tiempo que en meses anteriores, comenzó a matar el doble de masticadores para su reconforte y contento.

Advirtió también que salían como brotes de las raíces del arbusto, por lo que dejó pasar las estaciones cálidas y cuando estaba en pleno invierno bombardeó la tierra rastrillando con Volatón cerca de las raigambres para conseguir con este procedimiento que las larvas del coleóptero muriesen antes de pasar a la fase adulta. Como se ve por lo que estoy refiriendo tenía un enemigo no suficientemente identificado al que atacaba desde todos los flancos que la química le proporcionaba, aunque lo hacía sin gran convencimiento porque desconfiaba de los resultados que la aplicación de estos productos pudiera dar. Por esta razón que acabo

de esgrimir no dejó de enfrentarse con el plato y la linterna a los ruidos de la noche y siguió con la caza furtiva del coleóptero hasta alcanzar una cifra cercana a los diez mil animales muertos, de acuerdo a los cálculos que don Conrado contaba a sus amigos.

LA VIGILANCIA DEL SETO descubrió a mi jefe los secretos de la noche y pudo establecer una estrategia para controlar otras plagas que sufría el jardín. Por ejemplo, la de las babosas. Cuando advirtió que estos gasterópodos estaban dejando carcomidas las hojas de la hiedra no se molestó un minuto en aplicar producto químico alguno sino que fue al garden de Antonio y se compró las mejores tijeras de mano que encontró. Para garantizar el filo adquirió días después un par más (tenía una siempre en uso y la otra, convenientemente afilada en la cuchillería de un familiar, la dejaba de repuesto) y se afanó por las noches en buscar el rastro de la babosa con una vista de lince que admiraba a toda su parentela. Porque ¿quién es capaz de distinguir en la nocturnidad espesa, entre el follaje, a un gasterópodo negro y no más grande que el dedo de una mano? La respuesta no tiene duda: don Conrado, que acabó ideando un sistema basado en acompañar la huella babosa del animal orientando el haz de luz de la linterna hasta una posición de cuarenta y cinco grados, para conseguir de esta forma emplazar la baba -brillante- y, siguiendo ese rastro, al propio gasterópodo. Y una vez localiza-

do que no se piense nadie que don Conrado se andaba con chiquitas: lo cortaba por la mitad con la mejor de sus tijeras y asunto resuelto. Con procedimiento tan artesanal mi jefe se ha cargado casi toda la población de babosas, animal que prácticamente no tiene depredadores (tampoco me extraña: hay que tener mucha, pero que mucha hambre para comerse un animal tan asqueroso como es el limaco) y que se multiplica con una rapidez digna de mejor causa.

Siguiendo el rastro de baba don Conrado descubrió que en su finca había caracoles y, aunque no se propuso contribuir a la helicultura con algún invento singular, pensó que era buen momento para darse una sentada de estos gasterópodos estilomatóforos con jamón y tomate, como ya hiciera antaño en los bares de su ciudad muchos sábados por la tarde.

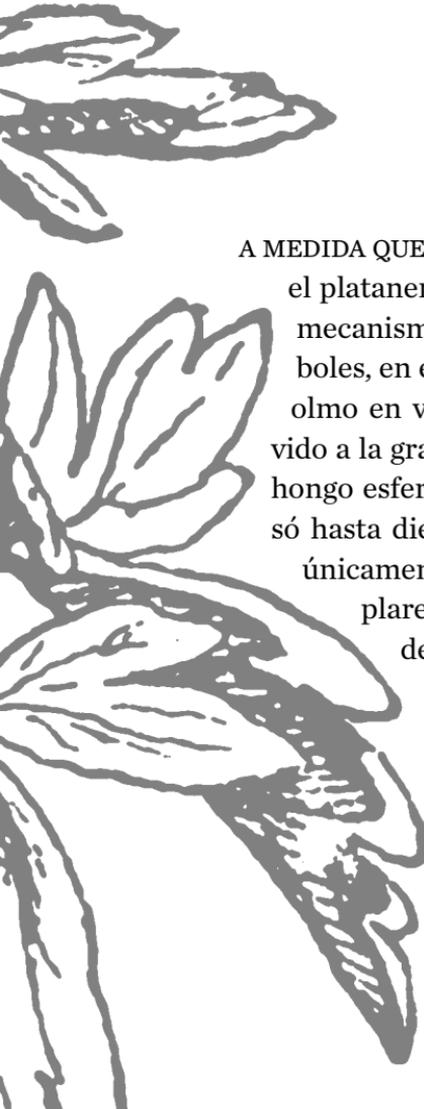
En la finca detectó que había babosas, caracoles y también erizos, un animal enigmático que sale de noche buscando comida (precisamente conviene en gustos con don Conrado porque le privan los caracoles) y que se queda inmóvil como un pedrusco formando una bola de espinos en cuanto detecta el menor peligro. Mi jefe pudo comprobarlo en directo cuando una madrugada vio a uno de los gatos que viven en estos pagos tratar de atacar al erizo desde todos los flancos sin resultado alguno, porque el animal se armó con sus pinchos y formó un balón donde no había forma de hincar el diente. Y mira que los gatos son constantes

cuando cazan, pero es que frente al erizo no hay posibilidad alguna so pena de tirarle un viaje al cuello de modo fugaz cuando va extendido camino de la cena, y pienso que ni aún así.

Al hilo de lo que acabo de contar sobre este mamífero que entra en un sueño invernal cuando las temperaturas bajan por debajo de los doce o trece grados debo decir en este momento del relato que desde mi atalaya he visto algo bien increíble: el ataque de una cohorte de hormigas a un erizo que podría (debería ser así, al menos) estar enfermo. El erizo estaba inmóvil y la legión de hormigas recorría su hocico machacando su boca. Era de noche cuando contemplé esta escena pero la lucha siguió durante el día y, al final, el combate duró algo más de tres jornadas. Al término finó el animal y quedó sepultado por un ejército de himenópteros de manera tal que siendo como es el erizo de color grisáceo la capa que lo recubría hacía de él que pareciese un gran escarabajo, pues quedó forrado en negro por miles de hormigas que recorrían el cadáver en busca del alimento que llevar al nido. Así son de voraces las que por estos pagos habitan.



ONDAS ENTRETENIDAS Y AMORTIGUADAS



A MEDIDA QUE FUE quedándose solo en el jardín el platanero viejo comenzó a desarrollar un mecanismo para comunicarse con otros árboles, en especial con un *Ulmus procera*, un olmo en verdad antiguo que había sobrevivido a la grafiosis, enfermedad que origina un hongo esferiáceo y que en nuestra zona arrasó hasta diezmar de tal modo la especie que únicamente quedaron en pie algunos ejemplares de la milenaria colonia que bordeaban los campos. Uno de ellos sobrevive frente a la entrada de nuestra finca y ha sido el sustento del platanero en su pétrea misantropía, porque el abuelo se fue quedando en la fría soledad a

medida que la innombrable ordenaba talar al resto de la familia para ampliar a su gusto los espacios abiertos de la parcela; puro despropósito.

Pues bien, para paliar la soledad (cuando no la melancolía) el platanero ideó un sistema de comunicación con sus congéneres de doble vía: una, a través de las ramas más largas (y más flexibles, por tanto) y, otra, por medio de las raíces, de modo tal que comenzó a emitir unas ondas que tenían dos peculiaridades diferentes. Las que se transmiten por las raíces son del tipo amortiguadas (similares a las que produce la cuerda sacudida por el mazo en un piano) y las que se emiten por las ramas (compárese a aquellas que salen del tubo de un órgano, uniformes y prolongadas) pertenecen a la categoría de entretenidas. Este doble sistema tiene su fundamento: en condiciones atmosféricas normales el platanero emitía la señal por las ramas -ondas entretenidas- ya que por esta vía pensaba que la comunicación era más fluida y podía llegar incluso a mayores distancias. Si, por el contrario, hay una tormenta o un viento que supera, a modo de ejemplo, los cuarenta kilómetros por hora, el abuelo emite por las raíces y la señal -ondas amortiguadas- llega a los receptores del entorno sin mayores dificultades.

Los comienzos no fueron alentadores porque el platanero no lograba interesar al olmo con su invento: estaba más preocupado por restañar las heridas que le había producido la grafiosis que en establecer co-

municación con otras especies de los alrededores. Así fue hasta que un día el olmo puso en marcha las alertas porque escuchó la conversación de un ignorante sobre la enfermedad que había pasado (estuvo infestado por la grafiosis, pero su savia desarrolló el anticuerpo y logró salvar la vida a costa de perder la rama principal y exhibir las marcas negras que la necrosis del hongo dejaba sobre la corteza del tronco) y temió realmente por su vida.

AL POCO DE LLEGAR don Conrado a vivir en su nueva casa un jardinero -de cuyo nombre no quiero acordarme- le comentó que el olmo que pastaba a la entrada estaba enfermo y que lo procedente era meter la motosierra y talar el árbol porque no tenía posibilidades de sobrevivir. Don Conrado, poco apurado por lo que pasaba fuera de sus lindes, dijo que el árbol no era de su propiedad y que, en tanto no se secara por completo, cumplía una función cual era ocultar la fachada de una casa próxima que no descollaba por sus cualidades estéticas. Fue entonces cuando, destacando sus artes escénicas como no hacía desde tiempo atrás, dijo aquella frase suya tan célebre:

-Los errores de los arquitectos los tapa la vegetación y los que origina la medicina, la tierra (se nota que mi jefe es médico, cirujano por más señas).

Así que el olmo siguió en su sitio pero con todas las alarmas encendidas porque soñaba cada maña-

na con la cara del jardinero ignorante armado con una motosierra al hombro, dispuesto a cometer la mayor felonía de su vida. He de decir aquí que en esta profesión (la de jardinero, me refiero) hay mucho listo, alguna gente de orden que actúan con mesura y demasiados imprudentes que, a su vez, son ignorantes; lo que produce la más temible de las combinaciones. Éstos últimos son los peores porque su labia incontinida puede llevar al desastre en cualquier momento. Quien propuso tumbar el olmo pertenece a esta última especie, pero a fe que no se saldrá con la suya.

Decía que hasta no ver las orejas al lobo el olmo no puso interés en la nueva telefonía sin hilos que estaba desarrollando el platanero con tanto empeño. Cierto es que los comienzos fueron desalentadores porque el nuevo procedimiento apenas si transmitía señales poco más allá de los cinco metros, y así no había forma humana (ni vegetal) de comunicarse con nadie. Pero el abuelo pergeñó un modo para que las ondas llegaran hasta donde preciso fuera porque tuvo la consciencia de advertir que sin carga eléctrica suficiente el sistema estaba condenado al fracaso. De modo que estableció una forma singular cual era que los días de viento (en nuestra zona son todos en el año, con algunas excepciones) aprovechaba el movimiento de las ramas, incluso del tronco si la ventisca era de entidad, para depositar esa forma de electricidad eólica sobre las partes más duras de la corteza, como si

fueran baterías que pudieran cargar a sus espaldas la corriente de la naturaleza. Y almacenaba la fuerza concentrando savia en esos puntos del tronco hasta producir unas protuberancias esféricas y rugosas que crecían y menguaban según se utilizara su carga.

El sistema lo fue probando en días alternos hasta que logró establecer comunicación con el olmo -distante de su posición unos treinta metros- y comenzó un rudimentario código Morse que ha ido evolucionando hasta nuestros días sin pausa alguna. Cuando yo llegué a este mundo podría decirse que el platanero estaba ya experimentando la cuarta generación de su telefonía sin hilos con el éxito que siempre acompañaba a sus acciones, porque si algo hay que reconocer al abuelo es la constancia en todo lo que se propone (doy fe de ello). Por este procedimiento harto sencillo, aunque no menos ingenioso, todos los árboles, incluso los arbustos, hemos aprendido a comunicarnos para contar nuestras penas y sabemos de la historia pasada de la finca porque el abuelo se ha preocupado de transmitir gran parte de lo que ocurrió en los primeros años -hace ya casi cincuenta-, excepto algunos pasajes que conserva para llevárselos al otro mundo cuando se convierta en compost o en polvo de ceniza. Dice que no es bueno para la comunidad verde conocer todas las miserias que han acontecido en la parcela y no hay forma de sacarle ni una línea más. Él sabrá por qué lo hace (de seguro que tiene sus razones).

A día de hoy todos los que levantamos cinco palmos del suelo estamos utilizando la multiconferencia en un circuito que está abierto de forma perenne, de tal guisa que no es necesario tener una visión completa para saber qué está pasando en la parcela. Eso fue lo que inventó el abuelo hace unas cinco primaveras, cuando yo era todavía un infante que no sabía distinguir el pulgón de la hormiga porque ambos son pequeños, paticortos y negros.

Cuenta el abuelo (no lo recuerdo en su totalidad, aunque me queda una idea vaga de que así fue) que una tarde de domingo don Conrado se fue de casa con maletas porque, a lo que parece, marchaba de viaje por tres o cuatro días para asistir a uno de esos congresos a los que tan aficionados son los médicos (creo que a esta figura lo llaman los inspectores de Hacienda sobornos en especie). El jefe se despidió de su esposa en la puerta y salió para su destino creyendo que dejaba sus posesiones en orden y bajo control. Pero no fue así. Su señora, tan pronto pasó un rato que dejó transcurrir como si fuera barrera de seguridad, vistió a los niños de domingo, les dio de merendar bollitos de leche con chocolate y se los llevó a una casa cercana para que jugaran con otros de su especie, y ella quedara tranquila para realizar sus labores de encaje.

El olmo lo vio todo desde su altura impresionante (la copa está por encima de los quince metros) y mandó la información por el subsuelo sin dar más impor-

tancia. Pero, hete aquí, que al cabo de lo que dura una tormenta en verano apareció por la puerta de la casa un jovencito bien moreno que la señora recibió con un achuchón que ya lo quisiera para sí don Conrado. El abuelo dice que por los modos con los que trataba al joven podía ser un sobrino cercano, o algo así. Craso error. Debía tratarse de un ligue que la muy zorrupia arrastraba desde tiempo atrás porque a eso de las seis (el abuelo lo recuerda porque el reloj de la iglesia del pueblo sólo suelta las campanas cada seis horas) los vio salir por la terraza muy ligeros de ropa llevando una colcha que dejaron caer en la parte noreste, casi a mis pies, y allí se dieron una catarata de revolcones y otras cosas que no quiero contar para no poner colorado a nadie.

Parece que estuvieron un rato tan prolongado copulando que el abuelo perdió la paciencia y, en nombre de su jefe don Conrado, mandó la orden de agitar las ramas al vecindario para que formaran una corriente de viento que hiciera posible que el *Populus nigra* -el chopo- que está a la entrada, junto al garaje, y que es especie que llegó a la tierra por idéntico procedimiento al mío ya que nadie lo plantó, aventara el follaje y soltara la pelusa que forma para desgracia de todos nuestros vecinos (diríase que nieva cuando comienza a descargar allá por mayo los miles y miles de frágiles opérculos blancos que se esparcen por doquier).

De manera armónica todos los que podían movieron sus ramas y el álamo dio comienzo a una descarga con tanta potencia que la pareja de infieles tuvo que resguardarse en la casa con los cuartos traseros salpicados de pelusa, no en vano llevaban un rato en el suelo sudando las miserias de la carne -por aquellas fechas del año todavía blancas- sin pudor alguno. En aquel entonces de tan infausto recuerdo el abuelo dijo que la señora de don Conrado ya no era la señora sino la innombrable, porque unía a su mala folla por el orden del jardín una concupiscencia desordenada a espaldas de su esposo que no convenía a nadie, y era mal ejemplo para todo el mundo.

COMO SE VIO EN LOS días a los que me estoy refiriendo el héroe fue el álamo, un árbol majestuoso -más alto todavía que el olmo- que está junto al garaje, en terreno de nadie (bueno, de nadie no; del ayuntamiento), y que cuando se pone triste deja caer una tormenta de pelusa en forma tan persistente que tapa el cielo, porque pareciera que nuestra casa fuera azotada por una ventisca de nieve que cubriera todo de blanco a las puertas del verano. Por el olmo sabemos siempre quien ronda nuestros lares porque es el faro y vigía de la zona, aunque tiene bien aburridos a los propietarios de fincas cercanas ya que la borra que deja caer es bastante molesta porque se cuele en todas las rendijas y sirve de armazón para que las arañas de nues-

tro entorno entretejan sus redes y afeen las estancias. Allí donde se descuelga una tela de araña parece que no hay limpieza ni orden, y eso al humano es algo que no le conviene.

Decía antes que el abuelo ha desarrollado un sistema de comunicaciones en código similar al Morse que nos tiene en alerta continua porque, aun siendo árboles bien formados, hay enemigos que uno no quiere ver siquiera en pintura. Es el caso de los dos perros que los vecinos del oeste a veces sueltan por su jardín y que, diestros en la fuga, acaban saltando los setos para llegar al terreno de don Conrado y orinar en nuestros troncos, en especial el del abuelo, cuando no para dejar sus excrementos por medio de la pradera. Contra éstos tenemos un método que consiste en agitar las ramas para generar una corriente de viento que llegue hasta el abuelo y él se encarga de producir un silbido agudo removiendo los serpollos que despierta los oídos más recalcitrantes: si al advertir esta pitada no sale alguno de la casa para espantar los perros, ellos mismos se van por su propia pezuña ya que no pueden soportar un sonido tan desagradable para su desarrollado sentido auditivo.

Como se puede comprobar por las explicaciones que estoy ofreciendo hemos ido desarrollando técnicas a medida que ha habido que enfrentarse a nuevos problemas, porque nuestra comunicación es útil tanto para enviar mensajes como para establecer alarmas;

ustedes quizá no lo perciban pero nosotros vivimos en constante peligro porque nos ataca el hombre, la naturaleza y nuestro propio entorno. Homo homini lupus, y lo mismo se puede decir de las variedades arbóreas, que luchan sin tregua para mantener la especie, a costa de lo que sea, y sobrevivir del modo menos oneroso posible.

La prueba de lo que estoy diciendo está en el olmo: aunque diezmado por la grafiosis disputa cada palmo de terreno a sus propios hijastros porque invade las proximidades de su cepa con ramificaciones que derivan en otros brotes que, de contar con las condiciones ambientales, pueden amenazar en su desarrollo al progenitor de la especie. Todo esto que ahora estoy refiriendo lo sabe muy bien don Conrado, porque el olmo que sobrevivió al hongo parásito que vive en los vasos del árbol despunta cada año (sus semillas vuelan) infinidad de nuevos brotes que traen de cabeza al jefe en su afán por conseguir un acceso a la finca de carácter suntuoso y sombreado por el follaje que proporcionan ejemplares de tanto ringorrango como el olmo y el álamo.

CADA PRIMAVERA, por los arrabales de la entrada, aparecen pequeños matojos que no son sino brotes de olmo que, creo, provienen de las propias raíces del padre que tiene allí sus aposentos. Y junto a esto, dentro del jardín, en cualquier parte de la finca, los pájaros

trasladan las semillas que, a millares, suelta el árbol urbi et orbi allá por mayo en forma de pepitas volanderas. Visto así, el procedimiento para continuar la especie está garantizado en nuestra zona ya que allí donde menos se espera hay un brote de olmo que es menester recortar a ras de tierra: crece con una rapidez digna de mejor empeño.

Todo lo que ahora estoy contando no ha sido óbice para que nuestro jefe encuentre una forma de entretener el tiempo con los nuevos brotes. A los retoños que borbollonean en la mitad del césped sin que nadie los hubiera llamado les aplica, de modo inmisericorde, la tijera de poda; también, se empeña en extraer la poca raíz que hayan podido formar a golpes de riñones que asesta con la azada. Los que brotan en las borduras tienen un periodo para desarrollarse y, cuando disfrutan de cinco palmos de alto, los arranca con la ayuda de una pala canadiense. Este procedimiento lo ha seguido a rajatabla durante tiempo, excepto con cuatro ejemplares por las razones que a continuación voy a tratar de exponer.

Don Conrado está haciendo un experimento que supera en algunas tallas lo conseguido con los enanos y el bonsái. Se trata de lo siguiente: dejándose guiar por su olfato fino de jardinero en ciernes ha ido eligiendo en estos últimos años -en los que el olmo ha estado tan generoso con su prole- cuatro brotes, los que más interés han mostrado en sobrevivir, y los ha ido

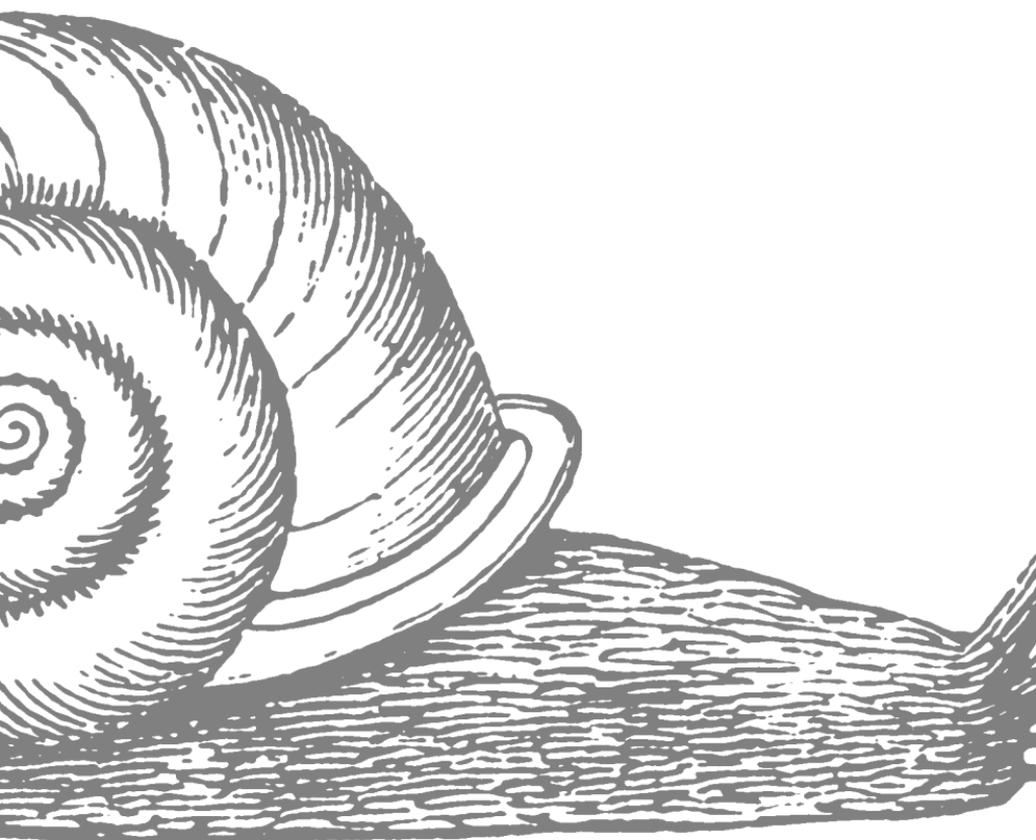
podando de forma que cada uno ha desarrollado un pequeño tronco al que mi jefe ha permitido crecer algo más de un metro. A partir de este vuelo, don Conrado corta las ramificaciones dejando envaronar aquellas que parecen más fuertes y forma con ellas una copa de medio metro más, con lo cual tiene un olmo de metro y medio de alto que engordará con espesura de tronco, pero no en altura ni ramas. Este curioso procedimiento (que en algunas partes se reseña como copicce) lo viene siguiendo con los cuatro ejemplares reseñados, dos de los cuales se encuentran fuera de la finca, junto a la puerta del garaje, y los otros dos en la planta baja, pegados al seto de *Eleagnus* que les protege del viento norte.

He de significar que a juzgar por los resultados obtenidos a la fecha de hoy mi jefe es un portento porque está tallando cuatro olmos (habría que llamarlos *Ulmus minima*) que crecen con el vigor que sólo los de esta especie saben desarrollar... pero a tamaño de los humanos. Nunca llegarán siquiera a los dos o tres metros. Ya digo, están un paso por delante de los bonsáis y las especies enanas, y es un ensayo sobre lo que este cirujano de las entrañas puede llegar a conseguir si se lo propone. Espero.

Hasta el momento los hijos de nuestro olmo superviviente están desarrollando bien las partes duras en la medida que el jefe les ha dejado. Las blandas, es decir, las hojas, son del mismo tamaño y aspereza que

las de su progenitor, lo que confiera al arbolito un aspecto inusual pero muy digno de verse. En unos años descubriremos dónde finaliza esta experiencia que nuestro jefe está llevando a cabo con tanto empeño como pericia.

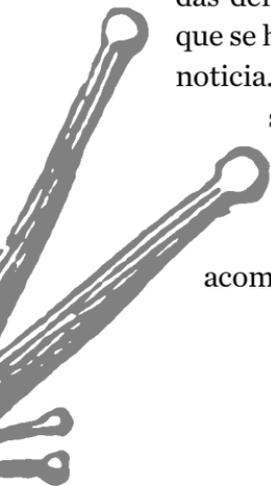
De todos modos creemos que para don Conrado el trabajo con los olmos pequeños es un reto y un desafío, aunque también un pasatiempo sin mayor ahínco al que dedica sus afanes los fines de semana que tiene relajo. Se nota que es cirujano de interiores (creo que opera a enfermos de estómago, intestinos, colon y demás vísceras que son propias de los humanos) porque maneja la tijera con una maña que para sí la quisieran algunos de lo que están en la jardinería haciendo de la poda su *modus vivendi*.



6

LA MALA UVA QUE GASTA MI JEFE

EN MI JARDÍN TAMBIÉN pastan los héroes, que diría uno bien leído. En especial un gato de tamaño fuera de lo normal, gatuperio de la raza más refinada y de aquellos que siempre han vivido en estado salvaje. Me explico. El gato al que hago referencia puede medir, de rabo a hocico, unos ochenta centímetros y es fuerte como una jineta. Cuenta el abuelo que hace unos años una vecina de la localidad fue recorriendo las viviendas del pueblo preguntando por una gata de angora que se había escapado de casa y de la que nadie le daba noticia. La mujer sufría el desconsuelo de quedarse sin compañía, máxime cuando acababa de enviudar y estaba sola porque no tenía hijos (las malas lenguas dijeron -entonces- que el gato se fue de casa por no aguantar los lloros que acompañaban su vivir) ni familiares próximos.



El gato era vecino de la casa desde que tenía quince días de vida y había residido con el matrimonio cinco años, pero se largó en cuanto la señora enviudó porque el miz tampoco era tonto y sabía lo que se le venía encima con la catarata de lloros (eso dicen las lenguas viperinas) que cada tarde despejaba la viuda. Huyó el gato y la señora quedó en desconsuelo porque creía que un animal doméstico no es capaz de asimilar la vuelta al estado salvaje y temía que muriera de hambre. Ignoraba la señora, digo yo, que era gato pero no tonto o, por mejor decir, no era tonto porque era un gato. Para ser más precisos en el dato, gata.

Pues bien, la gata no estaba esterilizada y lo primero que hizo tras burlar la custodia de la señora viuda fue echarse un novio que vivía por los arrabales del pueblo, cerca de una iglesia, y procrear un único vástago que es el que ahora conocemos por nuestro jardín. Ahorraré detalles pero he de aclarar que la gata apareció una mañana en la vera de una cuneta con el cráneo reventado, ya que debió pasar bajo las ruedas de una furgoneta en marcha, vehículo que no conocía por haber vivido siempre cautiva en un chalé alejado del pueblo. A lo que se ve la gata, tras recuperar su libertad, cruzaba las carreteras de una forma bien imprudente, sin mirar para los lados, y eso le causó la muerte. Esta es una de las consecuencias funestas que trae la vida en cautividad de las especies que fueron creadas para vivir a su antojo.

El hijo de esta gata de angora prófuga, que ahora tendrá unos tres años, es un animal con porte de felino de superior especie (semeja un guepardo) que usa su audacia para cazar al vuelo, como lo he visto yo mismo y cuenta el abuelo a los cuatro vientos. Tiene el gato la pelambreira gris y blanca, bigotes albinos que en la distancia semejan, por su dureza y elasticidad, cuerdas de guitarra concertina, cinco rayas del hocico a los ojos (verdes de una intensidad que dan miedo si se miran de frente) y tres aros negros en la cola, dicen que heredada en las formas y tamaño de la que tuvo su madre. Es un animal astuto y vago, ya que don Conrado lo ha sorprendido en infinidad de ocasiones dormido en la pérgola sobre el mullido suave de los cojines del mobiliario. También es muy desconfiado porque el jefe, que jamás le ha dado alimento alguno para que no adquiriera trato y se instale de fijo en el jardín, se lo ha encontrado de frente en la planta baja muchas ocasiones y el gato se ha hinchado quedándose quieto, a la espera de ver cómo reacciona el dueño de la finca. Don Conrado, que le tiene cierta prevención por su tamaño y, también, por las habilidades que le ha demostrado cazando, suele hablarle para ganar su confianza, pero no hay modo. Hasta el momento únicamente ha conseguido que se relaje si le silba o canta canciones (es un decir: el jefe cantar, canta bastante mal), pero el gato se las pira dando brincos cuando el dueño se aproxima a una distancia inferior a los cinco metros

(en resquicios superiores permanece quieto, mirando al soslayo).

Por el jardín también aparecen otro gato, negro, y un tercero grisáceo y albino que parece nieto de la gata prófuga. Ellos merodean buscando comida porque no tienen quien les alimente, para fortuna de todos nosotros. El gato grande de rayas por la cara es especialista en la caza al vuelo, eso lo hemos visto todos. Suele estar apostado en la planta baja, oculto tras unos *Euonymus radicans* Silver Queen, donde también holgazanea con el sol las mañanas de invierno que están despejadas, y espera vigilante la llegada de uno de los muchos pájaros que aterrizan por allí buscando pàr-vulas lombrices, insectos y otros comestibles. Nuestro amigo es especialista en pequeños còrvidos y en la abubilla, que abunda por estos pagos cuando llega la primavera.

Como digo espera oculto tras la vegetación y cuando la víctima esta a su alcance salta por encima del macizo de *Euonymus* con la fiereza de una leona y atrapa con sus patas delanteras al ave pasmada, que apenas si tiene tiempo para soltar un ¡ay! porque de una dentellada certera el felino asfixia a su víctima por el cuello y fina en cuestión de lo que dura una jaculatoria. Luego, cuando el ave está muerta, se retira a su pequeña selva donde nadie lo ve y va dejando un reguero de plumas como única señal de que por allí pasó un pájaro incauto que quería almorzar.

La otra especialidad son los muscardinos y ratones en general, su principal dieta. Don Conrado ha contado a sus amigos que una noche, ya de madrugada, escuchó desde la cama lo que parecía una pelea entre animales porque se oían con facilidad quejidos y maullidos que parecían no tener fin. Harto de no poder conciliar el sueño de nuevo el jefe fue hasta la cocina, tomó la linterna americana y se encaminó a la puerta de salida con la luz encendida. Tras abrir el portón vio una sombra gris que se escapaba dando saltos de gimnasta y a sus pies, junto a la primera escalera que da acceso a la casa, contempló estupefacto los restos de un ratón de tamaño no inferior a un palmo; en concreto una pata y la cola entera.

Por lo que dedujo, el gato estuvo peleando con el múrido hasta asfixiarlo; cuando estaba troceando el cadáver apareció don Conrado con la linterna y se dio a la fuga llevándose el cuerpo arrastras sujeto a la boca. El jefe dice que este gato es un portento al que hay que cuidar sin dar mimos: su vena depredadora es tan necesaria en el jardín como lo debe ser para él en su dieta. Y de esta manera tan simple todos contentos. De los otros dos acompañantes de la especie poco se puede decir, excepto que se van de naja en cuanto ven la sombra alargada y sigilosa del macho con la cola tapizada por tres aros negros.

Pero en el jardín hay más fauna salvaje que tiene allá su hábitat. Ya he hablado de los erizos y de los li-

macos (por cierto, al gato grande -ignoro todavía por qué motivo- le gusta chupar la hierba que recorren las babosas dejando su rastro, yo lo he visto), pero quiero referirme ahora a dos tipos bien distintos de roedores. Los muscardinos abundan por nuestra parcela y alrededores, aunque se dejan ver poco. Únicamente en verano se acercan a la piscina y algunos caen al interior, donde mueren ahogados. Cada mañana es normal encontrar un animal de estos flotando en la alberca, cuando no dos o tres. Los gatos son su enemigo natural porque forman parte del régimen alimenticio de los felinos, y no les dan tregua en todo el año. Por fortuna para los dueños de la casa, y de viviendas circundantes, porque da miedo pensar qué sería de nuestras fincas llenas de roedores. Menudo asco.

De los topos hablaré ahora con más detenimiento porque me traen frito a causa de los túneles excavados junto a las raíces: toda la planta baja está perforada por las galerías de estos tálpidos, que tan frecuentes son en nuestro pueblo. Los túneles son de dos clases: los más profundos sirven de nidos en la crianza y los otros, que pueden tener más de cien metros perforados por un solo animal, están al servicio de la alimentación, ya que el topo vive de pequeños insectos, gusanos y, sobre todo, lombrices. No es el topo animal de peligro ni tiene mucho interés para otras especies porque es subterráneo y ciego. Pero la fuerza de sus patas delanteras, con las que excava y mueve tierra muchas

veces de peso notablemente superior al suyo, es la ruina de los jardines que se trabajan con mimo porque los destroza en cuatro o cinco pasadas. Eso fue lo que sucedió con el nuestro..., hasta que don Conrado dijo que hasta allí había llegado el río.

LA HISTORIA COMIENZA cuando el jefe descubre un día en la parte más noble del jardín unas protuberancias en las que se apreciaba que la hierba estaba desplazada. Nada grave en un jardín que no conocía la visita de galeristas extraños. Quince días más tarde aparecen las mismas arrugas, pero en la planta baja y ya con algunos montículos de tierra. Don Conrado repone las cosas en su sitio, apelmaza la tierra pisando con fuerza donde estaba removida, y aquí paz y después gloria. Pero al día siguiente aparecen los mismos movimientos, ahora medio metro más largos.

Con este panorama tan desalentador el jefe consulta al jardinero y convienen en probar un ahuyentador de topos, un tubo de aluminio diseñado para clavar en la tierra y que emite de manera episódica unos sonidos vibratorios que, en teoría, espantan a cualquier habitante del subsuelo. Al preguntar por algún producto venenoso a modo de cebo el jardinero contesta que están prohibidos y que hay que arreglarse con estos artilugios que ahuyentan, porque el bicho en cuestión es especie protegida. De vuelta al jardín don Conrado aplica el remedio sonoro y se olvida de

que tiene un problema tierra adentro. Así pasan varios días hasta que en una de sus visitas oculares nocturnas descubre, a la luz de la linterna, que el topo ha hecho tres o cuatro galerías en la zona alta dejando el césped como un andrajo. Muy de mañana vuelve al escenario del crimen, comprueba que el topo está trabajando seriamente la parte noble y coloca allí el tubo sonoro con pilas nuevas. Arriba la tierra está menos compactada y quizá por eso el topo ha elegido esa parte del jardín, que es donde más se notan los destrozos.

De nuevo transcurren casi dos semanas pero ahora el topo se ha trasladado a la planta baja para transportar hasta la superficie nada menos que seis montones de tierra que levantan más de un palmo de altura. El jefe piensa que el topo está jugando al gato y al ratón, y decide esperar para ver qué tierra es la que más interesa al tálpedo ciego. Cuando parece claro que está perforando con saña la parte más suntuosa de la pradera don Conrado explora un remedio casero y mete una manguera por la topera a la espera de que el agua ahogue al inquilino. Pero no hay resultado a la vista porque el animal ha perforado nuevas galerías unos metros más adelante. Entonces va a una droguería y compra cebo venenoso para ratones que va depositando con guantes plásticos -para no dejar olores- en todos los agujeros que perforó el topo. Trabajo en vano porque el animal es ciego pero no idiota y se las sabe todas. Todas, excepto la mala uva que

gasta mi jefe cuando le toman el pelo de un modo muy inmisericorde.

UNA TARDE DE PLENO sol don Conrado compra una azadita pequeña y se repite a sí mismo que el agua del río ha llegado hasta allí y ni un centímetro más. Durante dos días ha visto que el topo sale de paseo sobre las tres de la tarde y analiza este dato porque, según los manuales de jardinería donde se reseñan -junto a otras cuestiones más interesantes- las costumbres del ciego, éste es de piñón fijo en lo que se refiere a horarios. Por eso que mi jefe se arma de paciencia y sobre las dos y media de la tarde (media hora antes de que el excavador inicie la brega en busca de lombrices) se planta con una silla en el jardín armado de la azadita, para esperar la visita a garrotazos. Tarea vana porque el topo ha debido adivinar sus intenciones y en tres días no aparece, ni por arriba ni por abajo, con lo cual don Conrado piensa que quizá haya muerto al ingerir el veneno para ratones que con tanta delicadeza fue dejando caer por los agujeros de las toperas. Pura ilusión que se desvanece cuando comprueba que hay nuevos montones, nuevos desgarros en la hierba y mucha tierra removida.

De modo que decide tocar generala y coloca después de comer a los dos niños con sus respectivas sillas en la planta baja a la espera de que observen, sentados, algún movimiento de la tierra, y él hace lo propio

arriba armado con la azada. Un martes, sobre las tres y cuarto, la niña avisa que la tierra se mueve como los pliegues de un concertino y parece que la cosa va en serio. Don Conrado, arriba, ha puesto las patas de la silla a los lados de la última topera, un metro más adelante, y espera alineado que el tálpedo cometa el error de acercarse hasta sus dominios porque le aguarda con una buena.

El topo, que no es un lerdo pero tampoco el más listo de la casa, se dirige derecho hasta el escabel de don Conrado y comete la torpeza de elevar la tierra medio metro antes de las patas de la silla en la que aguarda el jefe con la respiración contenida. Durante casi un cuarto de hora don Conrado está con las manos en alto sujetando con determinación el palo de la azada a la espera de adivinar un nuevo movimiento del inquilino ciego. Parece que el tiempo pasa rápido pero el jefe está ya cansado de aguantar la postura y se encuentra algo ridículo con los brazos extendidos mirando al cielo. En esto que el topo avanza desbrozando la tierra al modo de un taladro y don Conrado baja la azada como un rayo, clavando la hoja en la tierra casi diez centímetros. No está seguro de si el golpe ha sido certero pero cuando saca el filo de la hierba advierte entre brumos de tierra que tiene una mancha roja que bien pudiera ser sangre. Avisa a la niña que, sin miedo alguno y con la ayuda de una espátula, abre la tierra donde quedó clavada la azada y encuentra un animalito

de piel color castaño, muy fina y peluda, que no mide más allá de un palmo pequeño y abulta de ancho como el grosor del mango de una linterna. Tirando de la parte trasera lo saca a la hierba y allí se puede apreciar con claridad que el topo será ciego pero tiene unas patas delanteras en forma de remos que pueden mover un quintal de tierra.

Como castigo por haber profanado un jardín suntuoso el cadáver del topo queda expuesto sobre el césped que él mismo desenhebraba a la espera de que un gato, quizá un búho o simplemente las hormigas den cuenta de sus restos (al día siguiente no quedaba ni traza del animal). Con la satisfacción del cazador que hizo presa, el jefe llama al jardinero y ordena reconstruir todo lo que el topo removió, tomando la precaución, porque así lo ha leído en un libro sobre diseño y mantenimiento de praderas, de colocar bolas de alcanfor por todos los agujeros que dejó el tálpido. Dice que es la manera más eficaz de ahuyentar otros inquilinos no deseables. Incluso ese invierno espolvoreó un granulado para matar las lombrices por todo el jardín, ya que son el principal sustento del topo y por el que parecen capaces de remover Roma con Santiago. Don Conrado piensa con buen tino que muerto el perro se acabó la rabia.

De las lombrices (que tan beneficiosas son para un jardín porque, al ser micrófagas, contribuyen a oxigenar y enriquecer la tierra que trabajan) ya hemos

hablado. Siendo, como eran, el atractivo principal del topo para excavar galerías en su búsqueda, don Conrado declaró la guerra química contra la especie porque se estaba produciendo una atracción funesta: si había lombrices, por allí estaba el cazador ciego removiendo tierra. De modo que los gusanos -al menos la subespecie de los que se alimenta el topo- están en proceso de extinción, si no han pasado ya a formar parte de la historia de nuestro hábitat.

Me queda ahora referirme a las hormigas, insecto constante donde los haya y que no es perjudicial en sí mismo, excepto por su curiosidad para entrar allí donde nadie le ha llamado. Cuando la niña del jefe era un bebé la chica que la cuidaba descubrió una tarde que un reguero de hormigas se había apoderado de la casa porque estaban recorriendo, pegadas a las paredes, todas las esquinas de la estancia sin excepción. La niñera se percató del problema cuando vio que la hilera estaba cruzando la habitación de la niña, subiendo por la cuna y pasando por el mentón de la criatura que, dormida, quedaba ajena a la invasión del insecto. La cuidadora, que era rápida de reflejos porque provenía del campo, sacó el aspirador y se pateó todos los rincones de la vivienda para absorber al ejército invasor, trabajo en el que invirtió una hora. Cuando creyó que había finalizado el safari, sacó la bolsa del aspirador hasta el jardín, la roció con colonia de bebé y le prendió fuego sin ningún miramiento.

Sobre la piedra quedó una leva calcinada y el aviso de que las hormigas se cuelan por cualquier parte si vislumbran que puede haber comida. Don Conrado, enterado de la novedad, llamó al jardinero y mandó fumigar con caldo anti hormigas todos los rincones de la finca, los basamentos de la casa y la cepa de todas las especies arborícolas. Desde entonces a la panda de hormigas se le ve menos, pero es cuestión de tiempo -de poco tiempo, me temo- que vuelvan a las andadas y nos inunden la estancia.

OTRA COSA SON las babosas. Ya he dicho que mi jefe no se anda con miramientos porque las corta por la mitad con un juego de tijeras que compró casi exprefeso para combatir la plaga, porque plaga fue lo que había por la planta baja hasta que don Conrado se puso con las manos a la obra de diezmar este inquilino tan babeante. Tengo un sucedido que pude ver en la cepa de mi tronco: había un limaco grande y hermoso vomitando espuma por la boca, luchando con todas sus fuerzas contra una legión de hormigas de un tamaño que duplica a las habituales en el jardín -solo aparecen algunas veces en nuestros dominios porque viven mejor en el pinar, hartándose de la melaza que segrega esta conífera- y así estuvo casi dos días. Luego me olvidé de la anécdota, pero una tarde descubrí que del limaco apenas si quedaba un rastro negro de su piel porque el resto había pasado a engrosar las reservas de las hormi-

gas gigantes en alguno de sus nidos. A lo que parece, la hormiga detecta qué animal está flojo de salud y lo ataca con un ímpetu denodado hasta matarlo. Sin demora, lo trocea y deposita sus carnes en la despensa de provisión subterránea que guarda para tiempos peores.

Quien tiene su historia es el caracol que por aquí pasta. El jefe no se percató de su presencia hasta que llevaba varios años viviendo en esta casa. Al principio lo veía como el gasterópodo que es, pero una tarde que había llovido en abundancia volvió a salir el sol y brotaban los caracoles como mariposas en una pradera abonada por el estiércol de las vacas. La visión de los caracoles saliendo de los lugares más inverosímiles trajo a mi jefe el recuerdo de las cazuelas tomateras que merendaba los sábados por la tarde cuando era joven, y pensó que debía intentar un guiso con estos moluscos.

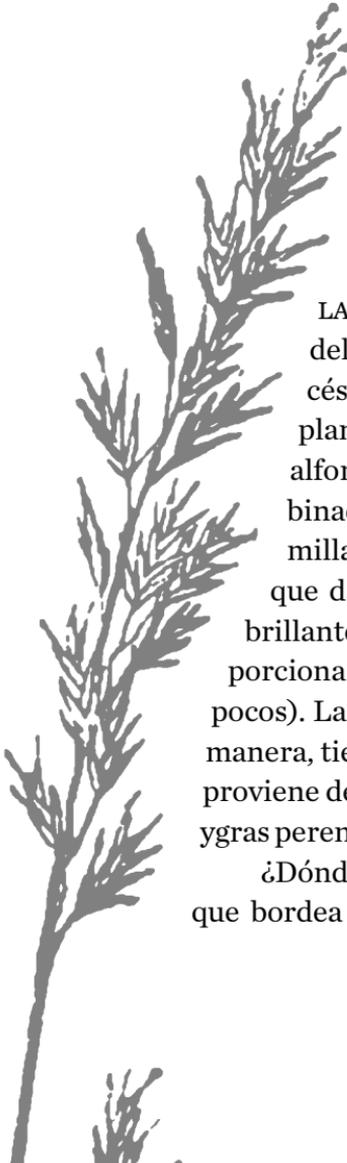
Provisto de una malla plástica que obtuvo de las patatas que se consumen en la casa fue recorriendo la finca y los accesos hasta llenar el zurrón con más de dos kilos de caracoles que dejó a la sombra, en lugar fresco, para que fueran purgando. Cuando estuvieron limpios de intestinos, los lavó casi diez veces con vinagre para que expulsaran la baba que los protege y ya listos para el guiso los coció con agua, un chorreón de aceite y dos hojas de un laurel que tiene frente a la terraza. Luego los escurrió y almacenó en dos tupperware que colocó al fondo del congelador, a la espera de guisarlos con condimento.

Esta caza tan ubérrima dio paso en nuestro jefe a otra afición, cual es la de buitrear los fines de semana, siempre de noche y con la linterna, siguiendo el resto brillante de baba que el molusco deja doquiera que vaya. Y no sólo eso: sin dedicarse a la helicultura protege al caracol y lo mimma para conocer sus gustos. Me explico. Sale el jefe de safari nocturno con una bolsa plástica del supermercado y va cazando los ejemplares más magros. Los que considera que no han alcanzado todavía el suficiente grosor, los captura igualmente y los numera con un rotulador de tinta amarilla fosforescente, apuntando en un cuaderno su número y zona de localización para ver qué movimientos hacen por el jardín. Ha logrado numerar cerca de cuatrocientos ejemplares y sabe, por ejemplo, que se mueven siempre en línea recta buscando los brotes más tiernos de la hiedra que bordea algunas partes de la finca.

Su analítica le ha llevado a la conclusión de que son perezosos y no tienen las condiciones que él quisiera para la reproducción porque no hay cantidad suficiente para dos cazueladas al año (no ha tenido en cuenta que, quizá, son muchos los depredadores que soportan, ya que el caracol está en primer lugar de su dieta alimenticia). Debido a esta circunstancia los caza sólo en años pares, dejando los impares como parada biológica porque quiere conservar la especie. Y también les ha declarado la guerra en dos zonas del jardín, como revelaré más adelante.



LA MONOTONÍA DEL CÉSPED



LA PARTE DE LEÓN, en cuanto a cuidados del predio hace referencia, se la lleva el césped, y aquí también hay clases. En la planta noble está el césped suntuario, una alfombra de terciopelo formada por la combinación muy trabajada de dos tipos de semilla -la agrostis canina y la festuca ovina- que dan al suelo aspecto de moqueta verde brillante (luego contaré los problemas que proporciona una pradera de este porte, que no son pocos). La planta baja, como no podía ser de otra manera, tiene un césped de carácter utilitario que proviene de la siembra de semillas poa annua y raygras perenne.

¿Dónde está la disimilitud? Mientras la zona que bordea la casa ofrece aspecto de moqueta de

lana natural, la planta baja lo da de alfombra sintética; esa es, más o menos, la diferencia a simple vista. Sucede también que los cuidados que requiere una son de campeonato, ya que un césped suntuoso es de mírame y no me toques, mientras que la pradera de la planta baja es de las que uno puede pisotear, correr, jugar a fútbol. Aquélla es más bien para admirar y ésta para usar; o algo parecido.

Cuando don Conrado compró la finca mandó al jardinero preparar una ensalada de agrostis y festuca para la parte más noble porque así lo había leído en los manuales franceses de horticultura del siglo pasado, de los que trasvasa información que luego procesa para su propio reconforte. La siembra se hizo a mediados de otoño, cuando hubo tempero, y toda la pradera quedó cubierta con una capa de mantillo salpimentado de azul por los granos de abono químico que acompañaron la tierra. Para dar consistencia a la siembra el jefe ordenó que pasaran el molón todas las veces que fuera necesario al objeto de conseguir una superficie uniforme.

En la planta baja realizó una operación de similares características pero ya se vio entonces, según cuenta el abuelo, que siempre ha habido clases y que en esta materia tan poco trascendente las iba a haber de igual manera. Y no sólo por la diferencia de semillas sino, más bien, por el cuidado e interés que demostró don Conrado desde el primer día.

Dicen los manuales que el éxito de un césped radica en la monotonía, en la rutina para acometer las tareas que demanda la pradera: el objetivo debe ser prevenir antes que buscar tratamientos de emergencia. Hay que regar de manera sistemática, abonar en las fechas precisas y con los nutrientes que requiera la zona, escarificar dos veces al año, nivelar con arena, punzar para oxigenar cuando la hierba está en reposo, segar con cuchillas siempre a punto, recortar los bordes, eliminar todo rastro de lombriz u hormiga al menor indicio, extraer a mano las malas hierbas y qué se yo cuántas cosas más. Total, que el mantenimiento de un césped suntuoso, como pretendía mi jefe, era más bien volver a la esclavitud; o disponer de mucho tiempo libre para dedicar a la observancia de todas las reglas que se marcan para obtener una moqueta vegetal y no un camino de hortalizas, que las dos son verdes y salen en la tierra. De modo que don Conrado dedicó gran parte de su tiempo libre a la periferia de la casa y abandonó en su albedrío la planta baja, a la que abonó con puntualidad pero sin mostrar otro interés, con lo cual había una considerable desproporción entre el estado que una y otra zona mostraban cuando salían del letargo invernal, allá por finales de marzo. Pero la naturaleza es sabia y castiga a quien se muestra indolente, como ahora se podrá comprobar.

La zona noble tenía semillas nobles, cuidados nobles, abono noble; mantenimiento de primera, en

suma. Eso lo sabían el jardinero, don Conrado y todas las especies animales que circundan nuestra finca porque preferían estar de visita allí que en la planta baja. Si llegaba una banda de estorninos, un par o tres se dejaban caer por el jardín suntuoso antes que aterrizar en la planta baja, donde la espesura de los contornos no dejaba vislumbrar los peligros reales que tenía la zona. Si las raíces de los árboles que allí -en la zona noble- habían pasado a la otra vida por mor de la motosierra querían vengarse, nada mejor que descomponer un poco de su madera subterránea para que las setas y los hongos aparecieran en los mismos lugares donde antes hubo troncos enhiestos y ahora pradera de lujo. Si la climatología quería sumarse a la competición de despropósitos, nada como combinar calor y humedad para que se desarrolle el pythium y en dos semanas deje el césped suntuoso reducido a un conjunto de manchas marrones tras desecar la hierba. Así se entiende que mantener un césped suntuoso traía de cabeza a don Conrado que, por dos veces en cinco años, ordenó al jardinero defoliar la pradera de lujo y volver a sembrar la mezcla suntuosa de agrostis y festuca.

Hasta que un año se rindió y, de común acuerdo con Antonio, removió la tierra, regó la zona noble con semillas vulgares (en comparación con lo que antes había) y ahora están todos en igualdad de condiciones para afrontar los embates de la natura. ¿Que sa-

len manchas por efecto de los hongos microscópicos? Sin problema, pues aparecen arriba y abajo y se administra tratamiento a partes iguales. ¿Que viene los pájaros? Se mantiene la planta baja despejada en las borduras y ellos se reparten por las dos alturas. ¿Que llegan las malas hierbas? Se tratan con herbicida selectivo y aquí paz y después gloria. Nada hay imposible si se le dedica un tiempo y un esfuerzo.

Las malas hierbas, no obstante, son otra cosa (de los pájaros hablaremos más adelante). En los libros al uso se reseñan casi cien tipos de malas hierbas que acosan los jardines. En el nuestro aparecen cinco clases con una persistencia casi perenne: el *ranunculus repens* (ranúnculo rastrero), el *plantago major* (llantén), la *hypochaeris radicata* (lechuga de cerdos), el *circium acuale* (cardo) y el *trifolium repens* (trébol). Las cinco -y alguna otra que fluctúa según los años- traen de cabeza al jefe ya que son visitantes fijos pase lo que pase, porque vienen de la mano de los pájaros que examinan el césped. Sin que uno se dé cuenta, de la noche a la mañana brotan las lechugas -que es como las llama don Conrado- y eso representa un trabajo añadido porque es preciso extraerlas a mano doblando la cerviz con mayor frecuencia de la que uno quisiera. O con ninguna, porque nadie quiere pasarse la vida arrancando estos malos brotes que tanto afean un jardín y cuya sola presencia indica un grado de descuido en las tareas de mantenimiento.

De manera que, a falta de tratamiento preventivo -porque no hay cristiano que pueda estar espantando pájaros toda una vida-, lo único que procede es esperar al día siguiente de una buena tormenta para extraerlas a mano con menor esfuerzo. También está el método químico de utilizar herbicidas selectivos pero eso es algo que no se puede recomendar a nadie porque hay plantas que necesitan varios tratamientos continuados de gran precisión; amén de que si uno se pasa sólo medio pelo en la dosis seguro que acaba con la mala hierba, y también con la zona de jardín que lo circunda. Por ello es más seguro y de menos riesgo para la pradera destinar unas tijeras de hoja larga a este menester que fiarlo todo a la acción química de los selectivos, porque hay ocasiones en las que no son selectivos pero sí herbicidas, y uno se puede cargar un jardín en un ay Jesús.

Como se ve por lo que estoy relatando al humano le cuesta mantener a raya las condiciones de suntuosidad en la pradera porque tiene a los elementos en su contra. De ahí que si las gramíneas que se emplean en su diseño son de suyo resistentes a algunos de los problemas que afectan a los céspedes, miel sobre hojuelas porque eso representa trabajar menos en el mantenimiento. A fin de cuentas ¿quién es capaz de distinguir de un vistazo un buen césped de primera de uno suntuario? Nadie más que los expertos y esos se pueden contar con los dedos de un manco.

DE TODAS FORMAS en estos últimos tiempos se ha visto el efecto pernicioso que sobre todo tipo de céspedes tiene el hongo pythium, el que deja la pradera con calvas concéntricas que afean el jardín de qué manera. Mi jefe dice que ni el escarificado, ni la aireación ni el equilibrio en el nitrógeno del subsuelo pueden impedir que aparezca este hongo cuando la climatología se lo propone. En los días pre veraniegos de mucho calor, si descarga una buena tormenta, es casi inevitable que surja este hongo. ¿Qué se puede hacer entonces? Pues tomarse la precaución de rociar toda la pradera con un caldo de fungicida ad hoc y fiarlo a la divina providencia, porque no hay otra forma posible de evitarlo. Se ha visto, y demostrado, que el pythium es un adversario realmente difícil de combatir si se dan las condiciones climatológicas que necesita para su desarrollo.

Luego están las hormigas -que son las mayores enemigas de todo aquel que ame los suelos compactos-, el exceso en el abono de fertilizantes químicos, los gatos que hacen sus necesidades, el perro del vecino que le gusta orinar -cuando no otras cosas más dañinas- por la mitad de la pradera, las abejas minadoras que construyen su nido bajo la hierba y las tóxicas, que no son lombrices (que a la postre drenan la tierra) sino gusanos de la peor especie. Tienen, además, las tóxicas un mal hábito: depositar sus huevos en la tierra para que, cuando salgan las larvas, se alimenten de las raíces de la hierba. El resultado es que por allí don-

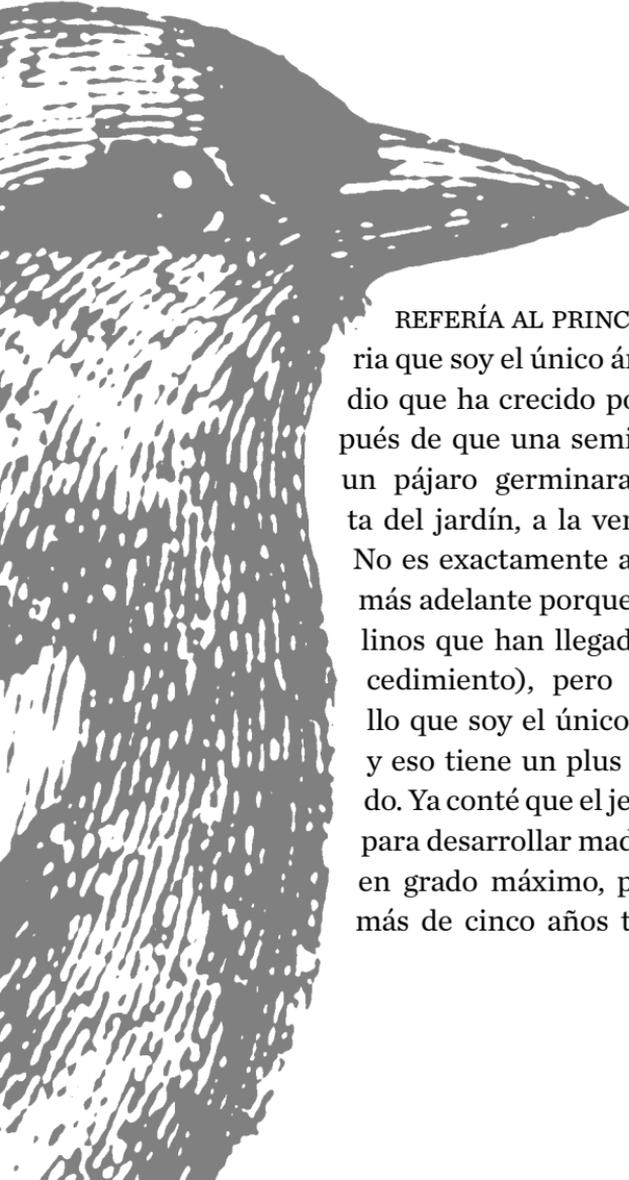
de pasan convierten el verde en marrón y hay que resembrar, o sea, repetir el trabajo. Si en primavera hay estorninos por el jardín picoteando el césped, no hay duda: han llegado las típulas (y los problemas que representan) y será preciso pulverizar sobre el césped un caldo contra gusanos del suelo. Es decir, más trabajo añadido al que de por sí origina el campo.

Son muchos los problemas que da un césped en condiciones y pueden ser más todavía si no se ponen las condiciones desde el momento mismo de la siembra. Mi jefe parece que ha aprendido la lección, ya que la última vez que procedió a remover toda la zona verde se tomó la molestia de fumigar con un producto anti hormigas aquel espacio (para que no vayan en procesión a arramplar cuantas semillas sean capaces de transportar y pueda crecer un césped sin calvas horribles) y, cuando la simiente estaba asentada y cubierta por la tierra y una capa generosa de mantillo bien prensada, puso espantapájaros por doquier. Él mismo se fabricó otros con alambres y metales reflectantes para disuadir a los pájaros que aterrizan en una pradera en creación y la destrozan a picotazos buscando el germen. Estos inventos dieron buen resultado y don Conrado está muy contento con los progresos constantes que experimenta en la floricultura. Por lo visto hasta el momento, quien disfruta un jardín es esclavo de su belleza.



8

VOY A TOCARME LA MADERA



REFERÍA AL PRINCIPIO de esta historia que soy el único árbol de todo el predio que ha crecido por sus medios después de que una semilla depositada por un pájaro germinara en una esquinita del jardín, a la vera de un madroño. No es exactamente así (esto lo contaré más adelante porque hay nuevos inquilinos que han llegado por similar procedimiento), pero afirmo con orgullo que soy el único entre los frutales, y eso tiene un plus de ventajas añadido. Ya conté que el jefe me dio una poda para desarrollar madera que aproveché en grado máximo, porque a mis poco más de cinco años tengo un diámetro

de tronco que excede los veinte centímetros y supero con creces los cinco metros de alto (y para redondear la faena este año vengo con una cosecha de nueces de campeonato; quizá se aproximen a las doscientas). Me falta añadir que soy el árbol más salubre de toda la comunidad frutícola puesto que en mi corta existencia nunca me han rociado con producto alguno, ni químico ni casero, ya que las plagas –hasta el momento- no han hecho mella en mí.

Mientras el resto de la prole -todos, o casi, injertados- no deja una enfermedad cuando ya se está cogiendo otra todavía de peores consecuencias, en mi estructura no hacen mella ni los hongos, ni el pulgón, ni la cochinilla, ni el cancro, ni los barrenadores ni insecto alguno (y voy a tocarme la madera para que así siga por los siglos de los siglos, amén). Soy un individuo lozano a más no poder que une su vocación reproductora a otra no menos importante, cual es desarrollar unas raíces compactas y extendidas al objeto de asegurar la tierra que piso, que no está en terreno muy estable que digamos.

En su momento conté que don Conrado reservó una franja lateral de la parcela para convertirla, después de un barbecho, en la niña de sus ojos, en una hilera de frutales que diese gloria verlos. Pues bien, comenzó con un *Pyrus* comunis, vulgo peral, de la variedad Castells, que adquirió a una casa que vende flores y plantones por correspondencia, en donde tam-

bién compró un *Prunus sativa* (ciruelo), sangre de dragón. Plantó los dos a raíz desnuda -entonces medían más de cinco palmos- junto al seto de durillo del vecino (que está un metro más alto y protege muy bien de las inclemencias) un año antes de que yo asomara a la luz.

Ya se sabe que el peral es más raro que la madre que lo parió y da cosecha según le venga en gana; el nuestro no es una excepción. Pasó el primer año y desarrolló un tronco aceptable y un par de ramas. Un año después seguía creciendo, al siguiente ídem de lienzo, aunque con algún problemilla de pulgón y hongos por sus ramas, pero siempre sin dar una sola señal en cuanto a reproducción se refiere. Para fortuna de don Conrado y su pasión por la fruta generada con el esfuerzo de sus manos, el peral resucitó al cuarto año.

Era por septiembre, cuando acaba la calor, y nuestro peral dio a final de temporada un par de peras diminutas, tanto que parecían unos colgajos de guisante, unas protuberancias producidas por alguno de sus múltiples enemigos. Pero eran dos embriones de pera que habían cuajado a destiempo y que adelantaban, por fin, que el árbol no era estéril. Al llegar la primavera siguiente el *Pyrus communis* echó la casa por la ventana y comenzaron a salirle pendientes por doquier hasta el punto de que don Conrado tuvo que afianzar el tronco y las dos ramas principales sujetándolos con goma elástica a la valla del vecino que,

aunque vieja y oxidada, parece que resiste bien estos pesos. En estas fechas en las que nos encontramos nuestro peral ha cogido ya velocidad de crucero y produce una variedad pequeña, jugosa y fragante en cantidad superior a la media docena de kilos por temporada. Don Conrado dice que todavía no ha llegado el momento de eliminar algunos brotes para conseguir menos producción -pero de más calidad- porque el árbol no está desarrollado como él quisiera. Es una teoría como otra cualquiera (pero va en contra de lo que divulgan los manuales).

Del *Prunus sativa* hay que hablar bien porque el árbol cumple de sobra lo que don Conrado demanda. Comenzó a producir ciruelas al segundo año y a partir del tercero pesan ya más los frutos que el propio árbol (y créanme porque no exagero ni un poco). Produce unas ciruelas gruesas, coloradas tirando a violeta, con las que hay que estar listos porque tienen unos pocos días para hincarles el diente, ya que son de por sí un poco sosas. Mi jefe, que lo estudia todo, asegura que hay cinco o seis fechas en las que la ciruela está en su punto de azúcar (y de sabor); luego se pasa, relaja las carnes y vuelve a la sosería que acompaña a esta variedad. El árbol, por lo demás, se pilla todas las enfermedades. A diferencia del peral, que atrae a los pulgones como moscas en miel y poco más, el ciruelo atrapa insectos, hongos, larvas... qué sé yo lo que admite este árbol. Don Conrado dice que todos los años se despista

con el ciruelo y llega tarde a casi todos los problemas que manifiesta; aún y todo, el árbol produce como nadie y es normal que a su vera estén siempre -en el suelo- media docena de sus frutos perseguidos por una pequeña nube de avispas.

El otro ciruelo, el Reina Claudia verde, es un principón. Mi jefe se lo compró al jardinero Antonio porque éste le dijo que era un plantón de una variedad rica, rica de verdad. Y a fe que no mintió el hombre. Produce menos que su compañero de huerto pero las ciruelas, las claudias que ofrece, son de una calidad suprema, según dicen los hijos de mi patrón. Su parte mala es que tiene una propensión a los pulgones, el cribado (que también llaman la perdigonada porque deja las hojas perforadas como si hubieran disparado un cartucho de perdigones a medio metro de distancia), los hongos y algunas orugas que a veces da pena verlo. Yo no he tenido nunca plaga alguna pero me doy cuenta de que todo este tipo de insectos, orugas y hongos deben hacer mucho daño (sigo tocando madera) a mis congéneres.

Luego está, por orden de plantación, un *Prunus avium*, un cerezo variedad Burlat, que por lo que yo me barrunto tiene los días contados. Resulta que el jardinero le vendió a mi jefe este árbol como si fuera el mejor de los mejores produciendo picotas. Pero nanai del Uruguay. El árbol desarrolla mucha madera y poco fruto porque pertenece al grupo de los garrafales (ne-

cesitan ser polinizados) y hasta este año no ha tenido compañía en la finca.

El cerezo en cuestión dio hace tres años cinco míseros frutos que, además, se los comieron los pájaros en un abrir y cerrar de ojos. Al año siguiente produjo otros tantos, de los que sólo uno pudo repescar don Conrado antes de que apareciesen de nuevo los depredadores con alas (dijo, además, que no tenía prácticamente sabor). En años posteriores ha llegado a la media docena, pero todos de escaso paladar y tamaño tirando a pequeños.

Como quiera que el jefe es un enfermo de las cerezas picotas que tan bien se crían en el Valle del Jerte, encargó a uno de sus hermanos, que residió temporalmente por aquellas tierras cuando estaba soltero, la compra de media docena de plantones de la mejor variedad que ha ido colocando por todo el jardín, cada uno en una esquina, excepto el plantón de mayor tamaño que lo ha puesto a la vera del actual cerezo. Todos han agarrado bien en su actual ubicación porque ya esta primavera (llegaron al jardín a mediados de febrero) han tenido brotes y hemos visto alguna hojitas, pero faltan todavía unos años para comprobar si el experimento funciona como debiera (el jefe no tiene duda y yo estoy con él).

Cuando el arbolito que plantó a la vera del actual cerezo Burlat se haga un poco grande y demuestre cantidad y calidad en la producción, me temo que

don Conrado arrancará aquél porque lo tiene enfilado, le ha cogido manía. Dice que es un árbol que solo se preocupa de formar madera, de crecer, y no de producir fruta, que es para lo que está contratado. A mi modesto entender al jefe no le faltan motivos en lo que asegura, si bien talar a uno de los míos es algo que nunca me pareció correcto. Quizá debiera dejarlo para madera y podarlo muy severamente cada año. No sé, ya veremos qué pasa.

LA REINA DEL LUGAR es un *Malus communis*, variedad reineta de reinetas. Este árbol sí que es una reina porque produce las mejores manzanas que don Conrado dice haber comido en su vida, y yo añado que debe tener razón porque buen aspecto y tamaño no les falta. Allá por abril o mayo el árbol forma unos racimitos de diminutas manzanas que van creciendo hasta llegar a pesar más de un cuarto de kilo cada una. Mi jefe acostumbra a clarear los frutos y deja un par o tres por brote para que crezcan con todas sus mejores características organolépticas. Lo malo de esta especie es que atrae a los pulgones como si tuviera un imán y hay que estar listos para que este insecto chupador no se cargue los brotes en un santiamén. Por lo demás es un frutal elegante y de corteza fina, más o menos como yo (créanme, no es falsa modestia).

Entre estos cinco árboles don Conrado ha exprimido la tierra para plantar un *Robus ideus* Lathan, un

frambueso que va a su aire y que produce frutos bien jugosos y dulces de los que también se aprovechan los pájaros, dos *Fragarias vesca* Sans rivale (su propio nombre lo dice todo: es una fresa sin rival) que por ser muy jóvenes todavía no han entrado en producción, una *Actinidia chinensis*, vulgo kiwi, que hasta el momento presente no está en fase de reproducción y cuatro sarmientos de *Vitis vinifera*, uva roja Merlot; son las niñas de sus ojos.

Esto de las uvas lo voy a contar un poco en extenso. Resulta que mi jefe tiene un amigo viticultor de tintos y un día que estaba comiendo en su bodega éste le propuso cosechar vino con uva que produjera el propio jardín.

-Es muy fácil, insinuó el vinatero.

Tras haber yantado legumbres y carnes de la zona, ni corto ni perezoso el bodeguero se fue al congelador que había en el laboratorio del lagar, sacó seis palitroques helados, los forró de papel periódico y le dijo:

-Aquí tienes la planta, que es hija de las viñas que por esta zona crecen. Puedes plantarlas hoy mismo: cuando produzcan uvas en cantidad suficiente te enseñaré a hacer vino.

Era agosto, caía un sol a plomo y don Conrado, de por sí algo escéptico, no se creyó casi nada de lo que su amigo estaba comentando porque entendía que era producto de los vapores mentales que produce el buen condumio cuando llega la sobremesa. Pero

con la fe del carbonero que tanto usa en los trabajos que ejecuta plantó cuatro sarmientos entre los frutales que ya tenía y metió el resto en el arcón congelador de su casa, por si acaso. Han pasado dos años y las vides están desarrollando tronco y brotes, para sorpresa de nuestro jefe, por lo que don Conrado ha de esperar bien poco hasta que produzcan uva. Ya digo, son la niña de sus ojos porque no ve el momento de recoger la cosecha y llamar al bodeguero para que le enseñe los secretos de sacar vino prensando uvas.

Al principio, cuando ideó plantar frutales, don Conrado eligió la zona más protegida de la casa y también una de las más soleadas. Pero no delimitó con bordura de piedra la anchura de esta zona: dejó que siguiera habiendo hierba porque le parecía más estético. Gran error. Al año de estar segando malamente la hierba por aquella parte, haciendo circo con el cortacésped a cada giro que debía dar, don Conrado pensó que era mejor no cortar sino pasar la desbrozadora de hilo y así dar forma al círculo de mantillo que bordea la cepa de los árboles. Segundo error. La desbrozadora requiere un sentido de la distancia y un pulso exquisitos, cualidades ambas que aún estando en el catálogo de las que posee mi jefe no se reflejan como debieran en el jardín. Resultado: todos los frutales recibieron cortes en la cepa por la acción del hilo plástico que desbroza. Solución final: el jefe mandó arrancar la hierba con cuidado extremo, colocó un borde de piedra y rellenó

la zona con piedra fina después de tapizar la tierra con tela plástica. Corolario: los árboles crecen mejor y dan menos guerra en su mantenimiento; así de fácil.

Cuando el patrón construyó la pérgola en compañía de un pariente hipocondríaco, reservó las dos paredes para una jardinera baja en la que colocó algunas coníferas rastreras, un *Pytosporun tabira* nana y una *Skimmia japónica*. Hasta aquí todo normal. Pero hubo un día -de esto hace ya unos cuatro años- que el jardinero le regaló una pareja de ejemplares de *Vitis vinifera*, moscatel de Hamburgo, que mi jefe plantó a ambos lados de la pérgola, entre las coníferas, sin mucho convencimiento. Y, claro, la naturaleza le ha dado una gran lección porque las vides produjeron el año pasado un par de kilos de uva negra, de grano pequeño, prieto y dulce que han dejado a don Conrado al borde del k.o. Y no sólo eso sino que este año, trepando ya por los brazos metálicos de la pérgola, han desarrollado ramas de casi cinco metros a ambos lados que están repletitas de granos diminutos que en unos meses serán racimos de uva de lo más jugosos. Pero aquí don Conrado ha tenido un gran sufrimiento porque en un momento dado tuvo que elegir entre caracoles y uva, y optó por esta última.

RESULTA QUE EL AÑO pasado, en una de sus rondas nocturnas habituales en busca de lo desconocido, el jefe apreció que los caracoles estaban en las jardineras de

la pérgola dándose un banquete con las hojas de la vid y, los más avezados, con las minúsculas uvas que el arbusto había producido. Por un día no pasa nada, pensó, y retiró los caracoles (después de numerarlos y apuntar en su cuaderno el lugar en el que los había cazado y el sitio donde los depositaba después) sin dar a la cuestión mayor importancia. Otra noche que volvió a la pérgola contempló una invasión en toda regla en la que participaban algunos de los que estaban numerados y habían sido abandonados por él mismo cuarenta metros más allá de aquel lugar.

Impresionado por el ataque, limpió las jardineras (están hechas en ángulo de noventa grados con traviesas de ferrocarril) y se propuso salir todas las noches a eso de las once y media para limpiar las vides de los moluscos gomiosos. Pero éstos, con las tripas farradas de brotes tiernos, ya habían cometido sus fechorías y, aunque las plantas dieron uvas, la producción era tan baja en proporción a los brotes que inicialmente había que don Conrado pensó que aquello no podía seguir de semejante manera porque suponía trabajar en balde, y eso sí que no.

Así pasó el verano, el otoño, el invierno y de nuevo apareció la primavera. Don Conrado, que estaba con la mosca detrás de la oreja, vigiló el desarrollo de las vides hasta que formaron los granos y descubrió que otra manta de caracoles voraces acechaba cada noche a las viníferas. Y, claro, hubo que optar: caraco-

les o uvas. Se inclinó por estas últimas y tuvo que recurrir al veneno en forma de gránulos de Mesurool para limpiar la zona de gasterópodos. En tres semanas han aparecido buen número de caparazones de caracol, huecos, que ya no darán más guerra. Don Conrado espera que ahora las plantas agradezcan este esfuerzo y premien su constancia con un cosechón. A mi entender van por buen camino.

Una de las cuestiones que influyó en la decisión del patrón para declarar la guerra al caracol intruso fue el hecho de que un hermano suyo le había regalado dos sarmientos de vid que provenían de la casa de su abuela (eran de uva blanca sin especificar), que también plantó sin mucha confianza porque habían estado unos días en malas condiciones, tirados por el suelo de un piso. Don Conrado los asentó el año pasado y esta primavera ambos tienen brotes verdes y tiernos que no estaba dispuesto a ofrecer en bandeja a los caracoles porque son uvas con un poso melancólico que le recuerdan episodios de la infancia. Ésa es la explicación sentimental para el caracolicidio que practicó hace unas fechas.

Hasta ahora he hablado de los frutales de la planta noble -entre los que me incluyo, obvio es decirlo- pero no he hecho referencia a los de la planta baja. Aquí va el apunte. Hace dos años un amigo del jefe le comentó que tenía un *Prunus pérsica* (melocotonero), de procedencia desconocida, plantado en un macetero

grande, con el que no hacía carrera y estaba aburrido con él, a pesar de que lo cuidaba con todo su empeño; al menos, así lo pensaba. Tras escuchar un razonamiento tan escaso de argumentos mi jefe le comentó si él sería capaz de vivir (y de crecer) en un cubículo de un metro cuadrado sin dar guerra. Porque ésa era la comparación: había un árbol plantado en una maceta, había un hombre viviendo en una casetita diminuta (creo que no es necesario añadir otros comentarios sobre un caso tan evidente).

El caso es que don Conrado, que es un sentimental con todas las especies verdes, le dijo a su amigo que lo trajera por casa y que estudiaría la zona donde podía ubicar la especie. Cuando tuvo frente a sí al melocotonero optó por colocarlo abajo, en una esquina del conjunto de *Chamaecyparis*, para no dar facilidades. Todo hay que decirlo: excavó un agujero que rellenoó con dos cortezas de plátano, tierra vegetal y abono orgánico en pleno diciembre. Al verano siguiente el árbol recompensó su dedicación ofreciéndole media docena de melocotones de un gusto exquisito, fuera de lo normal en las fruterías. Y al siguiente con dos docenas, y al otro con tres. Pero este año, con cerca de dos metros de la altura, ha tenido un ataque tan brutal de cochinilla, oidio, pulgón y yo qué sé cuántas cosas más que se ha quedado medio chamuscado y tiene un solo fruto. Que dudo yo que progrese. Bien es cierto que antes vivía constreñido en una maceta y ahora

comienza a parecer el árbol que mañana debe ser. Me alegro por él porque no quiero pensar qué debe suponer vivir (malvivir en este caso) en un palmo cuadrado de tierra prensada al albur de los riegos con agua calcárea que te proporcione tu dueño. De verdad que no me lo imagino.

A su lado, en la izquierda, hace dos años que don Conrado plantó un *Armeniaca vulgaris* (albaricoque), rojo del Rosellón, que piano piano comienza a dar sus frutos. Anda el árbol un poco agobiado con el pulgón pero esta primavera ha conseguido sacar adelante docena y media de frutos, y ya veremos qué pasa en agosto cuando estén maduros de formas. A la derecha del melocotonero hay un *Corylus avellana* común, que ahí le anda, luchando en sus raíces con el topo porque una de las galerías pasa a sus pies y es un auténtico incordio. De momento está creciendo y desarrollando ramas, pero en tres años no ha dado un solo fruto (y eso mosquea mucho a nuestro dueño).

En la misma línea de los dos anteriores está el árbol preferido por mi jefe (preferido por su forma, claro): el *Punica granatum*, que lleva tres años plantado y parece que por fin este año va a dar alguna alegría con sus frutos. Es esta especie, el granado, la preferida de don Conrado porque él la ha visto por Andalucía crecer como ninguna otra: no muy grande de tamaño (semeja un olivo) y con ramas prietas que bien pudieran parecer los dedos de una mano. Mi jefe lo lleva po-

dando un tiempo para educarlo en árbol, con mucho mimo, porque dice que tiene tendencia a desperdigar los brotes.

Al igual que hiciera por la zona noble, en la planta baja ha acodado otros dos plantones de cerezo para que rindan todas las picotas que sea capaz de comerse (y que son muchas, a fe que lo conozco). Así están las cosas en el campo de la fruticultura.

Con todo lo anteriormente expuesto cualquiera puede pensar: es duro cuidar los frutales porque están expuestos a toda clase de enfermedades. Y es verdad, máxime cuando todos provienen de vivero y son injertos, acodos, cruces artificiales etc. (todos excepto yo, el nogal, que lo vengo repitiendo desde el comienzo). Pues bien, nada de lo anterior significa gran cosa si no se tiene en cuenta el principal y peor enemigo de los frutos, según el criterio del propietario. ¿Cuál? No es hongo, ni gusano, ni insecto, ni gasterópodo, ni roedor, ni son las heladas cuando están en flor, ni el granizo en verano ni nada parecido. Vuela y son los pájaros, sí los pájaros, que son los más listos de la clase, los más vagos y solo tienen que esperar a que el árbol haya formado los frutos para darse unos banquetes de campeonato sin pagar un chavo. Los pájaros son los enemigos naturales de la fruta y a la vez aliados del concepto de jardín porque se comen los gusanos -algunos muy desesperados con gaza de amianto hasta la procesionaria- y, a la vez, sirven de alimento a los ga-

tos (lo siento: están en la cadena trófica y no es fácil escaparse).

También es verdad que hay pájaros y pájaros. A don Conrado le traen mártir el mirlo y los estorninos, que son los dos tipos que tiene identificados como predadores de fecha exacta, que es aquella en la que la fruta ya está madura aunque uno no lo sepa a simple vista. No lo conocen los humanos -que son hortelanos de salón- pero quienes sí lo saben son los pájaros, y no dejan pasar un solo día antes de hincar el pico a la fruta. Yo he visto cómo mi jefe llevaba semanas revisando las seis miserables cerezas que había producido el *Prunus* y una mañana que fue a hacer lo propio se encontró a un mirlo comiéndose ricamente en el césped los restos de la última. Estaban ya maduras de color y sabor y las aves madrugaron un poquito más, eso es todo.

Lo mismo sucedió el primer año que las vides dieron uvas; ahora don Conrado las protege con un cucurucho de papel periódico (parece mentira la utilidad que tiene la prensa en segundos usos) y por lo que hemos visto hasta ahora el invento da sus resultados. Lo más ridículo fue lo que hizo con el melocotonero que trasplantó de la maceta. A la vista de que el arbolito estaba echando su cuarto a espadas y ya tenía unos cuantos melocotones en fase adulta, don Conrado colgó de sus ramas tiras de papel aluminio y varios tenedores enlazados para que, con el viento, produjeran sonidos y brillaran de manera tal que espantaran al invasor.

Sucede de nuevo que el pájaro es pequeño pero no tonto del todo y se las sabe todas y en varios idiomas, además. De modo que cuando el patrón quiso reaccionar poniendo un remedio casero el mirlo negro ya se había dado un atracón y el arbolito estaba calvo de frutos.

Por esta circunstancia, desde el año pasado todos los frutales (excepto yo), a partir de mayo, están protegidos por una malla que impide cualquier contacto externo para fortuna de don Conrado, porque el mirlo es también de piñón fijo en sus gustos y sabe dónde encontrarlos con el mínimo esfuerzo. A partir de ahora, por nuestro jardín, creo que este pájaro no tiene nada que hacer. Ni el mirlo ni otros de su especie, mientras el jefe se lo proponga.

EL MAYOR ESPECTÁCULO de nuestra casa viene en verano, que es cuando el alimoche aparece por estas latitudes y se deja ver con un vuelo tan majestuoso que uno siente hasta los adentros ser un vegetal -que no una ave- y no poder disfrutar con los privilegios del vuelo a media altura. Llega el alimoche, como digo, y las demás especies andan al paio porque un error de distancia, de colocación o de mimetismo les lleva directamente al mundo de los que se quedan tiesos e inermes.

La función de este teatro cernícalo consiste en ver al animal de la familia falconiforme volando en círculo unos cien metros por encima de las copas de los árboles, como si estuviera en fase de reconocimien-

to de las víctimas (realmente es eso lo que hace). Él ya se ha fijado en otro de su especie o en algún mamífero roedor por pequeño que parezca, pero ellos no lo saben y siguen batuecos a lo suyo, ajenos a la visita de la muerte que se cierne por las alturas del firmamento. Parece que el ave continúa la búsqueda del sustento pero es tan sólo una estratagema propia de un maestro en cetrería porque, activando un mecanismo que produce asombro, incluso miedo, el alimoche da un giro brusco de timón, entra en barrena y atraviesa las copas de los pinos a la velocidad del sonido para atizar el golpe mortal con el que se alimenta. Si hubiera rayos recubiertos de plumas el alimoche sería uno de ellos porque baja de las alturas cortando el viento como sólo los de su porte saben hacerlo.

En cierta ocasión que soportábamos el bochorno de una tarde de verano rasgada de nubes deshilachadas, aterrizó uno de esta especie en nuestro jardín, majestuoso, cayendo del cielo como un Harrier, y se entretuvo picoteando unas lagartijas bastante creciditas que por aquí pacen arrastrando la panza por la piedra que bordea la casa (parecía como si despreciara el alimento por la parsimonia que empleaba con el pico desollando cabezas). Verle llegar suspendido con el parapente de sus alas y despegar luego hacia las alturas del cielo en su propia vertical es algo que se puede describir, no lo dudo, pero que es preciso contemplar porque la imagen vale más que cien mil palabras.

Prueben a verlo y verán que no exagero un tanto así y llevo la razón

Tengo para mí, de otro lado, que el alimoche llega tardío a nuestros dominios, cuando aparecen las codornices (o quizá sean perdices, que en la distancia no las distingo bien), porque su presencia en el pueblo es simultánea con los disparos de los cazadores de escopeta que van rastrillando a palmos los trigales recién segados por las hélices de los tractores. Vivimos en una zona que es coto de caza (por cierto, ¿qué es eso de coto?, ¿coto de quién?) y no es raro que en verano y comienzos del otoño uno se desperece con el sonido de los disparos que estos deportistas de barra de bar y mesa de comedor dispuesta al mus generan desde primeras horas rompiendo el equilibrio de la mañana.

Realmente ignoro qué cazan, incluso si cazan. Aseguro, por contra, que los escopeteros perturban la quietud del lugar y molestan por el peligro que tienen todas las armas. Diré más: quien quiera disparar que se haga norteamericano, ingrese en los marines (o en el Séptimo de Caballería, que está muy de moda en los tiempos que corren) y procure un destino en la división con la que de unos años a esta parte invaden a gorrazos otros países del orbe alejados de sus costas. Y si lo que le gusta es el ruido, la zarabanda y los disparos de pólvora, que se haga fallero. Me temo que no hay otra.





9

PLANTAS DE SEGUNDA MANO

DON CONRADO TIENE una teoría sobre algunos arbustos que no le gusta nada a Antonio el jardinero. Dice que, en ocasiones, le ha vendido plantas de segunda mano, como si estuvieran usadas, porque ni dan flores en condiciones, ni crecen como debieran ni están sanas. Esta teoría comenzó a fraguarse cuando mi jefe compró una partida de *Erica cinerea* (brezo) para tapizar una zona cercana a mis aposentos. La planta fue correctamente trasplantada, tuvo su dosis de abono, agua abundante, en fin, todos los cuidados que requieren los nuevos. Pero al cabo de unos meses se secaron todas sin que encontráramos explicación aparente. Mi jefe repitió la operación al año siguiente (compró, plantó, abonó y regó)

y sucedió tres cuartos de lo mismo, sin que hubiese de nuevo una apostilla coherente al caso.

Similar experiencia tuvo con las adelfas. Los arbustos fueron creciendo pero al cabo de dos años se desencadenó una catarata de enfermedades: hongos por doquier que retorcían la planta hasta deformar o secar los brotes, flores de poca enjundia y, para colmo, cancro, una enfermedad que si logra bordear el tallo de la planta por completo hace que ésta muera. Don Conrado trató las adelfas, además de con mucho mimo y cariño, también con todo tipo de productos fitosanitarios. Pero a día de hoy no ha conseguido un seto como mandan los cánones porque la planta crece de manera desigual, hay calvas originadas por algunas muertes súbitas y los hongos están minando el desarrollo. A raíz de este problema con la adelfa don Conrado inventó un término para describir las plantas que están de mírame y no me toques: son de segunda mano. Y así se lo dijo al jardinero:

-Antonio, me estás vendiendo plantas de segunda mano, plantas ya usadas.

Éste se rió porque nada más podía hacer y le explicó a mi jefe que todas las adelfas las compra directamente en un vivero que está en las afueras de Florencia, en Italia.

-Preciosa ciudad, respondió don Conrado, pero el lugar de nacimiento no invalida su condición de segunda mano. Así que, espábilate, porque tienes que

conseguir plantas más fuertes, más resistentes y floribundas. De lo contrario, me estás dando gato por liebre, bandido, que eres un bandido.

Antonio rió de nuevo y calló con la ocurrencia.

LO CIERTO ES QUE hay plantas que son enclenques desde su nacimiento porque desarrollan las primeras raíces en viveros, con unas condiciones que jamás tendrán a campo abierto. Además tanto los hongos como los insectos son cada vez más inmunes a los tratamientos químicos y resisten como jabatos cualquier fumigación que se les haga. Ya digo, los depredadores cada vez más inmunes y los venenos año tras año más severos, con lo cual se llega a un falso silogismo: el humano se envenena (digo bien, se envenena porque veneno es lo que llevan muchos de los productos que es preciso utilizar en el jardín para combatir las plagas) sin apenas darse cuenta. Don Conrado sabe algo de eso porque creo que ha estado dos veces en el hospital a causa de fumigar contra el pulgón con el viento de cara.

Y, hablando de pulgón, tengo una buena noticia para todos los que en esta parcela habitamos: ha vuelto la mariquita. Eso es, ha vuelto por estos lares después de unos años ausente (pienso que la química no acaba con el pulgón, por poner un caso, pero sí con especies inofensivas, cuando no beneficiosas, como esta que nos ocupa) la vaquita de San Antón, o coccinella

septempunctata, el insecto coleóptero que tiene un caparazón rojo salpicado de puntos negros que todo el mundo conoce. Que hubiera estado desaparecida en combate estoy seguro de que fue a consecuencia de algún tóxico que acabó con la mayor parte de la especie. Que vuelva ahora es la mejor noticia que puede recibir un jardín porque ha llegado el depredador natural del pulgón y eso es algo para aplaudir hasta reventarse las manos (o las ramas). De momento he visto cinco o seis, de un tamaño inferior al habitual en la especie, pero bien situadas: estaban almorzando su insecto favorito en el melocotonero y en el peral, y no se pueden hacer una idea la alegría que me dio verlas porque es un coleóptero que se deja querer. Así que, desde estas páginas, proclamo al mundo entero: protejan las mariquitas, no las maten nunca (incluso si las ven en su casa, que son muy aficionadas a los interiores), porque están cumpliendo una misión sagrada en la cadena predatoria cual es combatir al dañino pulgón, uno de los bichos más resistentes y más nocivos para los verdes. Ojalá tuviésemos mariquitas para luchar contra otras especies, por ejemplo la thaumetopoea pityocampa, vulgo la maldita procesionaria del pino, el terror de los dueños de esta finca.

YA CONTÉ ANTES que nuestra parcela linda con un pinar por el norte. También me referí a la procesionaria porque el aspecto que ofrece ahora esta formación de

coníferas da pena verlo: por las ramas de casi todos los ejemplares aparecen esas bolsas algodonosas que indican a las claras que allí hay un problema (por no hablar del aspecto mismo de los árboles, algunos ya secos y otros con un ramaje tan enclenque que dan aspecto de tener de vida lo que duran un par de telediarios) y que se trata de algo serio. Permítanme que explique en dos pinceladas en qué consiste el problema.

El ciclo comienza cuando, a finales del verano, lo que hasta entonces habían sido orugas han mutado ya a mariposas y salen de los nidos que habían excavado en la tierra, a unos treinta centímetros de la superficie. Cuando empiezan a volar su primera misión es copular para, a continuación, depositar los huevos en las ramas de los pinos más cercanos y dar origen a la larva que conocemos como procesionaria. Este gusano recubierto por medio millón de pelos urticantes fabrica bolsones en las acículas del pino, en donde se amontonan colonias de varios centenares que comienzan su actividad en invierno bajando del árbol en procesión (utilizan un hilo fino para saber dónde tienen que volver, en qué parte está su casa) para seguir buscando alimento. Cuando han finalizado el almuerzo nocturno -generalmente basado en hojas de la conífera que nos ocupa- o hace un frío del carajo (el grajo vuela bajo), vuelven al bolsón para formar una bola y darse calor. Así sucede durante la estación invernal, porque cuando finalizan los fríos la procesionaria baja

definitivamente del árbol, se entierra en los nidos bajo tierra y de allí sale convertida en mariposa que únicamente vive hasta que copula y pone los huevos. Después, muere de forma natural.

Es curioso lo de abandonar el árbol cuando éste inicia el proceso de desarrollo, en la primavera. Los expertos dicen que la procesionaria deja al pino que se recupere en primavera y verano para volver a la carga en los meses fríos, ya que si el ataque es muy persistente secaría el árbol. No estoy en absoluto de acuerdo con esta tesis porque exactamente eso es lo que yo veo desde mi atalaya: que los ejemplares con estos inquilinos tan incómodos a medio plazo finan, porque los dejan sin savia. ¿Dónde radica el problema para los humanos? En los pelos urticantes. ¿Y para los árboles? En la defoliación que producen ya que, aunque puede que no seque el árbol por completo, ayuda al ataque de otros enemigos de la foresta, por lo que entre todos la tenían y ella sola se murió.

En nuestra parcela ha sido frecuente ver pasar la hilera de lepidópteros, siempre encabezada por una hembra. Era algo normal y don Conrado no le daba mayor importancia, aunque se cuidaba muy mucho de coger a estos gusanos con la mano. El problema serio comenzó hace tres años, cuando el jefe regaló a sus hijos un cachorro de cocker spaniel que trataban de educar llevándolo fuera de la finca para hacer sus necesidades y vigilando la alimentación. Pero había veces

que el animal se escapaba y correteaba por todo el jardín como cachorro que era. Una mañana -yo lo vi con nitidez desde mi atalaya- el perro se fijó en la hilera de lepidópteros y arrimó el hocico para jugar. Estuvo haciendo como que atacaba, les golpeaba con las patas delanteras, se revolcaba por el suelo; en fin, los juegos propios de un ejemplar joven. Hasta que se le ocurrió comerse un bolsón que se había formado en uno de los ángulos del jardín y allí ardió Troya. El perro dio dos mordiscos y en cuestión de segundos comenzó a aullar de una forma tremenda a consecuencia del dolor que padecía, porque es preciso imaginarse qué debe ser (para un humano, claro) meterse en la boca, por ejemplo, un puñado de ortigas; excuso contar la reacción que debe producir. Para su infinita desgracia en la finca no había nadie porque era sábado y la familia había salido para comer fuera aprovechando que había llegado el buen tiempo. Así fue que el perro, aunque creo que vomitó dos bolas de procesionaria, estaba loco por la irritación que tenía por la boca y anduvo arañando la puerta de entrada a la casa hasta que se dejó parte de las uñas de las patas delanteras; tal era su desespero.

Al regresar don Conrado del almuerzo el animal, fuera de sí por los dolores, se echó encima para morderle y recibió una patada que lo tumbó al suelo. Allí se vio con claridad que el pobre perro tenía algo en la boca porque llevaba hinchado el hocico y los bellos, inflados, estaban enrojecidos a más no poder. Tan

mal debieron ver al perro que el propio don Conrado lo llevó en brazos a una clínica veterinaria de urgencia donde comprobaron que los pelos urticantes, que tienen forma de anzuelo y están preparados para hundirse en la carne tanto más cuanto más se toca uno la parte afectada, le afectaban de una manera gigantesca a la lengua. Le pusieron un tratamiento pero el perro ya no volvió a recuperarse, como el veterinario temía: murió a los días por una necrosis en la lengua.

Aquello fue un drama para los hijos y un aviso para todos ya que el propio veterinario les advirtió de los peligros que ocasiona tan sólo vivir cerca de donde procrea la procesionaria: no es necesario tocarla sino que, simplemente con acercarse hasta donde se encuentran, al menor peligro las larvas comienzan a esparcir por el aire miles y miles de sus pelos que se van clavando en las partes más blandas de la cara, brazos y cuello, cuando no produciendo una conjuntivitis que resulta enormemente incómoda.

Esta lección la aprendieron no demasiado bien los miembros de la familia de mi jefe (y eso que es médico) porque al año siguiente la innumerable tuvo dos ataques de urticaria que no se los salta un torero y otro de conjuntivitis que la dejaron fuera de circulación por unos días. Y no acabaron ahí las penas porque este último año el ataque ha sido feroz. Resulta que la procesionaria, cuando baja de los pinos al final de los inviernos, excava la tierra para introducirse en los ni-

dos y mutar en los siguientes cinco meses a mariposa. Pues bien: este trabajo lo había hecho hasta este año fuera de nuestros lindes, en lugares que ignorábamos, aunque se notaba en el ambiente que por los alrededores había lepidópteros porque don Conrado y su señora agarraban la urticaria con solo salir al jardín. Nuestra sorpresa ha sido que esta primavera un ejército de procesionaria ha invadido la finca, cruzándola por todas partes, y los lepidópteros se han enterrado a miles por nuestro jardín, lo mismo en la zona noble que en la planta baja.

El ataque ha sido de calibre tal que en casa de don Conrado se decretó una cuarentena cuando la innumerable empezó con la conjuntivitis, muy aguda, y el propio jefe había días que parecía picado de viruela simplemente por estar expuesto unos minutos en la parte norte. Los dardos microscópicos que lanza la procesionaria se clavan en la piel sin arrimarse y producen una irritación molesta en extremo que se incrementa cuanto más se rasca uno porque los pelillos, ya lo he dicho, tienen forma de anzuelo y se hunden más cuanto más se tocan.

Después de consultar con médicos amigos (porque la niña tuvo una urticaria en la órbita del ojo derecho que le dejó la cara deforme) don Conrado presentó una instancia en el ayuntamiento poniendo en su conocimiento la magnitud del problema y pidiendo una solución quirúrgica. A día de hoy todavía espera

respuesta. Claro que mi jefe no es persona que se arrugue ante los problemas y ha adquirido un conocimiento tal de esta plaga que sabe ya como actuar: o se ataca al bicho con depredadores (abubillas, cuervos, avispas etc.), o se crean bolsas con feromonas para atraer a la oruga que luego se destruyen, o se cortan en invierno y de día las ramas infestadas o se pulveriza con Bactur, como recomienda el Real Jardín Botánico de Madrid (o se elimina el pinar, digo yo también, aunque suene muy bruto y sea un comentario impropio de un verde. Aclaro que, en el caso improbable de actuar de esta manera, lo ético es volver a plantar otra especie arbórea, no se vayan a pensar ustedes que uno es partidario de la tala así por así).

Todas estas posibilidades hay para atacar la plaga y témome que don Conrado, si no tiene ayuda del municipio, se va a liar la manta a la cabeza y, aunque los árboles no son suyos, va a ponerse de podar ramas con bolsones algodanosos como tonto. Porque la vía depredadora tengo para mí que no es la más adecuada para la zona donde vivimos. Tan sólo en dos ocasiones he visto a pequeños córvidos atacar las hileras de procesionaria, pero he observado que tardan una eternidad en papearse un ejemplar: lo pican, lo arrastran por el suelo, lo pisan, le hacen de todo y, al cabo de una enormidad de tiempo, se lo tragan (vaya garganta de hormigón que tienen algunos animales, pienso). Por eso digo que esta vía no es la más eficaz; se tarda-

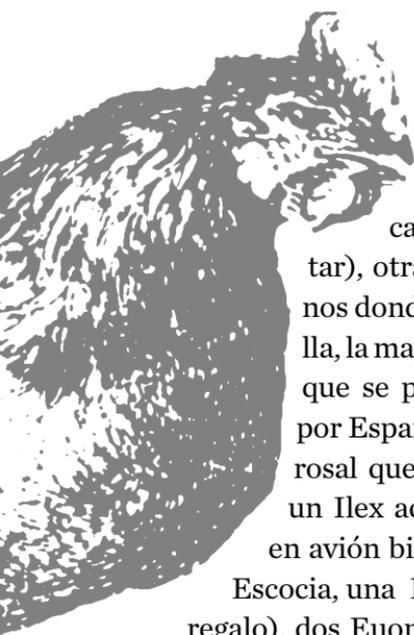
ría una eternidad en acabar con la plaga, so pena de llamar a todos los córvidos de Europa para que acudieran en nuestra ayuda a golpe de corneta y vestir el cielo de negro. Que tampoco es plan, ahora que lo pienso.

Hay un ayuntamiento en la provincia de Madrid, que en este instante no recuerdo su nombre, que ha propuesto a sus vecinos, a través de un bando del alcalde, que colaboren en la erradicación de la plaga y ofrece algo así como un euro por cada árbol que liberen de procesionaria. No me parece mal la iniciativa, sobre todo si produce los efectos que se persiguen y el vecindario acaba con estos enemigos tan molestos para todos (euro a euro hasta la victoria final). Se habrá observado ya que estos lepidópteros no son santo de mi devoción aunque a mí no me afecten. Pero es que en esta cuestión yo me aplico un principio de acuerdo al cual los enemigos de mis amigos son mis enemigos. Y los pinos son mis amigos. Y don Conrado también (aunque sea el jefe). Dicho queda.



10

TRASMUTAR EN GALLINA Y PONER UN HUEVO



NUESTRA FINCA ES cosmopolita. Hay especies endémicas (es mi caso y el de otros que ahora voy a contar), otras que provienen de viveros cercanos donde han brotado a partir de una semilla, la mayor parte de los frutales son injertos que se practican en empresas distribuidas por España, pero también hay ejemplares de rosal que don Conrado compró en Francia, un *Ilex aquifolium* *Pyramidalis* que se trajo en avión bien pequeñito desde Edimburgo, en Escocia, una *Fatsia japonica* que es belga (fue un regalo), dos *Euonymus* enanos que vinieron de Holanda y hasta una *Lagerstroemia indica* *superviolacea* que llegó en coche desde Italia. De cualquier modo, mi jefe tiene dos penitas clavadas en el corazón porque,

a menos que cambie de casa (y casi de país), jamás las podrá ver en su finca: se trata de una variedad de palmera, la *Washingtonia filifera* (dice que tiene el tronco más elegante que conoce), y un *Citrus* limón, un sencillo limonero de la variedad Berna. Si no fueran tan sensibles a los fríos don Conrado ya lo habría intentado. Pero dice el jardinero que es esfuerzo baldío porque en esta zona un par de bajadas de temperatura dejarían a cualquiera de las dos especies secas como la mojama en un pispás.

Ya he dicho hasta aburrir que yo nací en este jardín y que no soy de injerto, que provengo de semilla. Pues bien, desde hace un año han aparecido por la planta baja nada menos que dos tronquitos de *Betula pendula Purpurea* (abedul) a los que don Conrado les está dando una oportunidad como lo hizo conmigo. Esta pareja ha llegado por idéntico procedimiento al mío y, aunque no son frutales, el jefe ha decidido que les da una oportunidad porque están desarrollándose sin ayuda externa alguna. Incluso uno de ellos, el que parece mayor, ha brotado en medio de un conjunto de *Juniperus sabina tamariscifolia*, lo cual ya tiene su mérito porque allí donde están las coníferas casi nada crece a su alrededor (recuerdo que el melocotonero de tiesto lo trasplantó don Conrado a aquel lugar y ahí le anda, peleando contra todas las plagas). El otro ha aparecido entre dos adelfas y también le está costando porque tiene mucha competencia por el subsuelo.

DESDE HACE UNOS MESES hay entre las adelfas otro invitado que ha brotado sin que nadie lo hubiera llamado. Se trata de un *Crateagus monogyna Stricta* que, por lo que he escuchado al jefe en sus conversaciones con el jardinero, debe ser la reencarnación de un conjunto que plantó hace quince años y que tuvo que arrancar porque se le apoderaron (apoderarse quiere decir, en el idioma del jefe, que se hicieron enormes para el lugar donde estaban destinados). Al día de hoy es un palitroque en forma de un cuatro, delgaducho y enclenque, aunque don Conrado dice que pertenece a una especie que lo aguanta todo y que es muy longeva. Tal y como están las cosas en este jardín con la innumerable solo me resta decir una cosa: veremos.

La niña de sus ojos, de todos modos, es un *Ilex aquifolium Golden Queen*, un acebo que ha tardado tiempo en asentarse y que ahora da gusto verlo. Resulta que mi jefe tiene una fijación casi enfermiza con una ciudad escocesa que se llama Edimburgo donde todos los días del año, a la una del mediodía, suena un cañonazo desde la almena de poniente del castillo de la ciudad -construido sobre la fortaleza original que Edwin, rey de Northumbria, mandó edificar en el siglo VI- que pone en vilo a quien no lo haya escuchado nunca, porque al estruendo de la pólvora hay que añadir que las gaviotas y las palomas que recorren los jardines de Princess Street salen en desbandada provocando un espectáculo de estampida digno de ser contem-

plado. Como decía, don Conrado tiene querencia con esta ciudad porque afirma con alguna vehemencia que tiene los jardines más bellos de cuantos ha visto en el mundo (se refiera a los de planta y no a los de flor). Y las especies de acebo más compactas que se puedan observar.

Por estas tierras estamos acostumbrados a ver los acebos como simples adornos de navidad porque producen unas bolitas rojas de lo más simpáticas que cada quisque emplea de ornato. Pues bien, mi jefe sostiene que todo es fruto de la ignorancia de los humanos frente a los vegetales de corteza porque en Edimburgo hay ejemplares arbóreos, en los jardines que bordean las soberbias mansiones de aspecto victoriano que exhibe la ciudad por doquier, que escalan los cinco metros de altura y destacan por la intensidad del color verde (y amarillo, a veces) de sus hojas.

Don Conrado adquirió un plantón de esta especie ya que se cameló a uno de los cuidadores del Royal Botanic Garden, que está en Inverleith, cuando se hizo Companion Membership (debe ser algo así como socio protector) y pagó las ciento setenta y cinco esterlinas que cuesta la distinción (y lo sigue haciendo cada año). El jardinero del jardín botánico más renombrado de Escocia le facilitó una planta de poco más de un palmo de longitud que don Conrado se trajo en sus manos, por avión, desde Edimburgo a casa y la plantó con tanto mimo (y de esto hace ya diez años) que dice

el abuelo -tiene al acebo enfrente- que parecía como si el jefe hubiera trasmutado en gallina y hubiera puesto un huevo. El arbusto fue creciendo con bastante lentitud y hasta hace dos años no dio frutos, esas bayas rojas que tan famosas se hacen cuando llega la Navidad. Ahora está preñado de carmesí y parece una especie feliz que amenaza con crecer una cuarta al año.

En Edimburgo, por lo que dice el jefe -que de esto debe saber bastante-, es una especie endémica y hay multitud de variedades, algunas de las cuales, magníficas según cuenta, están expuestas en el Royal Botanic Garden donde él compró la que ahora crece en nuestro jardín. Por supuesto que el acebo no tiene problemas con el idioma: se comunica con nosotros en el lenguaje que construyó el abuelo y que debe parecerse en algo al que utilizan los programadores en la informática humana (esto es de mi cosecha y lo he deducido de tanto oír hablar a don Conrado de los ordenadores).

El acebo vive junto a la Lagerstroemia, el árbol que posee, para mi gusto, la corteza más excelsa de todos cuantos vivimos en el jardín (y mira que la mía, por ejemplo, es bella). Cada año, como si fuera una serpiente, muda la corteza y exhibe un tronco terso y fino, de color claro, que no deja indiferente a nadie. Esta variedad superviolácea, que los expertos consideran ornamental y a la que llaman Flor de Júpiter, forma en verano una copa casi perfecta que adorna con flores piramidales que ofrecen un color que da gusto ver-

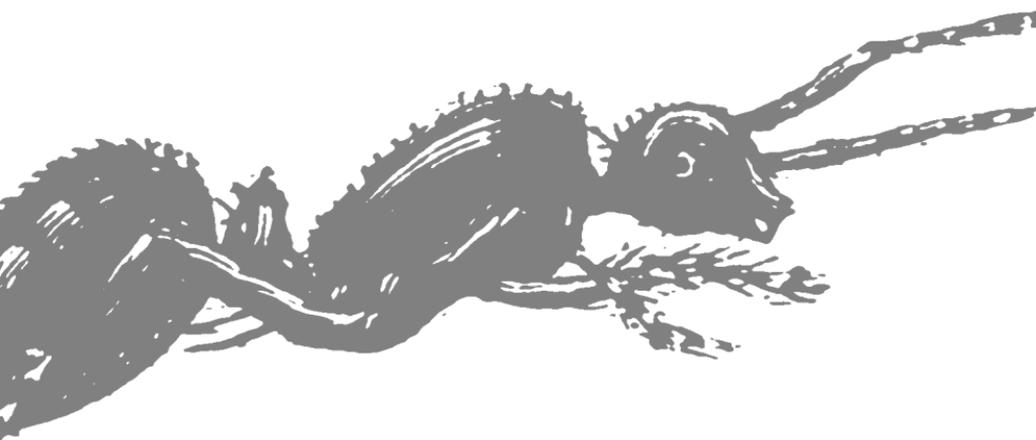
lo. Su nombre es un poco trabalenguas pero, aunque los humanos no sepan nombrarla, es seguro que sabrán reconocerla pues está en muchas ciudades -en el borde de las aceras- ya que es una especie que aguanta muy bien la contaminación que producen los seres superiores dotados de cerebro. ¡Qué harían estos pobres sin nosotros, que somos productores natos del oxígeno que consumen sin enterarse!

NO QUIERO QUE se pase por alto una costumbre muy de don Conrado. El jefe sabe perfectamente -conocimiento empírico- que las plantas, los arbustos y los árboles si no encontramos nuestro sitio en el jardín (o si las condiciones no son las idóneas porque se pretende que desarrollemos nuestras aptitudes en macetas diminutas, mal orientadas, con poca agua, sin abonos etc.) somos especies muertas. Él lo sabe porque ha ido experimentando con algunas variedades y a todas les ha ofrecido las mejores condiciones para desarrollarse, aunque el resultado, a la postre, no fuera el deseado.

Le pasó con un par de Rhododendron Mrs. G.W. Leak a los que colocó junto a la puerta de la casa, bien sombreados, con tierra ácida, abono especial y agua, pero sin resultado alguno. Durante dos años los rododendros ni siquiera hicieron amago de dar flores; apenas si desarrollaron algo el tronco y las ramas. Y al tercero sufrieron una invasión terrorífica de cochinilla que mi jefe, con paciencia franciscana, limpió rama a

rama con ginebra (siendo más precisos, con Gordon's londinense) para eliminar la plaga. Pero no había forma humana -ni vegetal- de que tiraran para arriba o dieran unas cuantas flores. Harto de tanto mimo las trasplantó a la tierra, también en lugar sombreado, y la primavera siguiente fenecieron. Desde entonces no ha vuelto a intentarlo con esta planta.

Caso bien distinto es el de una *Fatsia japonica* que también estuvo por la entrada, en macetón, con todos los mimos del mundo. Se pudo apreciar claramente que aquel no era su sitio (y mira que los manuales dicen que es planta de sombra) porque don Conrado la sacó a tierra viva y la plantó a contracorriente en una esquina de la planta noble, bien al norte, algo protegida por un murete, pero recibiendo la solana como mandan los cánones. Pues bien, este cambio aparentemente tan perjudicial ha significado que la *Fatsia* esté ahora, cinco o seis años después del traslado, hecha una princesa. Mide casi dos metros, tiene un tronco bien armado y unas ramas de lo más exuberantes porque producen esas hojas grandes de lóbulos profundos y pecíolo largo que da gloria ver. En invierno se encoge y pierde la hoja porque está en una posición más bien fría, pero cuando llegan las temperaturas a su gusto desarrolla un follaje como nunca don Conrado hubiera imaginado. Así son las cosas de las plantas. Este es el mundo verde.



11

LA CODICIA DE LA HORMIGA

DON CONRADO SUFRE por una frustración que arrastra desde que estuvo en Tokio, y de esto hace ya más de diez años, según refiere el abuelo. Resulta que fue mi jefe a Japón por cuestiones suyas y el día anterior al regreso entró en los almacenes Seibu para recorrer toda la estancia sin prisas buscando la oportunidad de comprar algún regalo. En la última planta del negocio advirtió que había una multitud rodeando un círculo central que no podía observar debido a la aglomeración humana. Con paciencia (y con algún que otro codazo que disculpaba a sonrisa limpia pidiendo perdón) pudo llegar hasta el centro y comprendió por qué había concentrada en aquella planta tamaña multitud. Se trataba de un curso de bonsáis que estaba impartiendo un dicharachero vejstorio de cara de miel, barba blanca y ojos penetran-

tes ante la mirada atenta en grado máximo de cientos de personas, que supuso clientes del centro comercial.

Dice el abuelo que don Conrado contó a sus amigos que permaneció más de una hora contemplando el espectáculo, sin entender una sola palabra porque el hombre hablaba en japonés, pero admirado por el grado de participación que tenían las personas allí congregadas. Cuando la charla finalizó estuvo dando vueltas en espera de que la sala quedara semivacía y entonces preguntó a una dependienta si los almacenes vendían bonsáis -ella respondió que sí- y qué tipo le aconsejaba, habida cuenta de que tenía que recorrer más de medio mundo con la planta en la mano para que sufriera lo menos posible. La chica le dijo que comprara un Ficus benjamina con diez años de edad y nuestro hombre se vino para su casa con un envoltorio de cartón que los comerciantes japoneses tienen preparado para casos similares y una planta que daba gusto verla por el brillo de sus hojitas. También se trajo abono líquido, unas tijeras, un librito escrito por el maestro Nakamura sobre estas miniaturas vivientes y una bolsita con media docena de semillas de Carmona microphylla que a día de hoy todavía no ha abierto (las instrucciones para su puesta en tierra están en japonés; ésa es la excusa).

Ya en casa colocó el ficus enano junto a una ventana, en lugar luminoso y protegido, y lo observaba cada día por las mañanas como la niña de sus ojos.

Le dispensó todos los cuidados, siguió las normas que marcan los manuales, lo podó según los usos pero el arbolito falleció quedándose seco todavía no se sabe por qué. Lejos de desanimarse el jefe adquirió un ejemplar de *Lantana camara* en un establecimiento de Bilbao que le recomendaron muy especialmente dos amigos y volvió a los cuidados intensos y a la devoción que es preciso demostrar para mantener estas especies diminutas en las condiciones debidas.

El experimento duró exactamente dos años y al cabo de ese tiempo el árbol también se secó. Hizo un tercer intento con una *Serissa foetida* cuando le propusieron que se iniciara en el arte de los bonsáis con este perennifolio que debe ser -eso le comentaron donde lo adquirió- de fácil cuidado. Gran mentira (es muy difícil y raro encontrar un ejemplar adulto de *Serissa*) que don Conrado comprobó en sus propias carnes ya que el ejemplar duró vivo menos de un año. Y ahí fue cuando el patrón, no sin desconsuelo porque lo había intentado todo y siempre con el mayor de los cuidados, dijo basta, esto no es para mí. Quizá por esta frustración con los bonsáis el jefe ha desarrollado un programa especial con el olmo para producir cuatro especies que, sin ser bonsáis porque van a medir un metro y medio, se asemejan algo a la concepción basada en evitar el crecimiento normal de la planta manteniendo parecido -o idéntico- aspecto exterior. Aunque sea a escala, como es el caso.

DON CONRADO HA APRENDIDO lo mucho que sabe de botánica observando los errores ajenos, estudiando a las plantas como si fueran los seres vivos que somos pero dotadas de inteligencia (de esto podríamos hablar un curso entero porque existe un grado de desarrollo inteligente en la flora que ningún humano puede sospechar), leyendo un montón de manuales de cultivo y conservación, visitando algunos de los mejores jardines del mundo, yendo a parques naturales, es decir, tratando de ver con sus ojos aquello que los libros del ramo recogen como las maravillas del mundo vegetal.

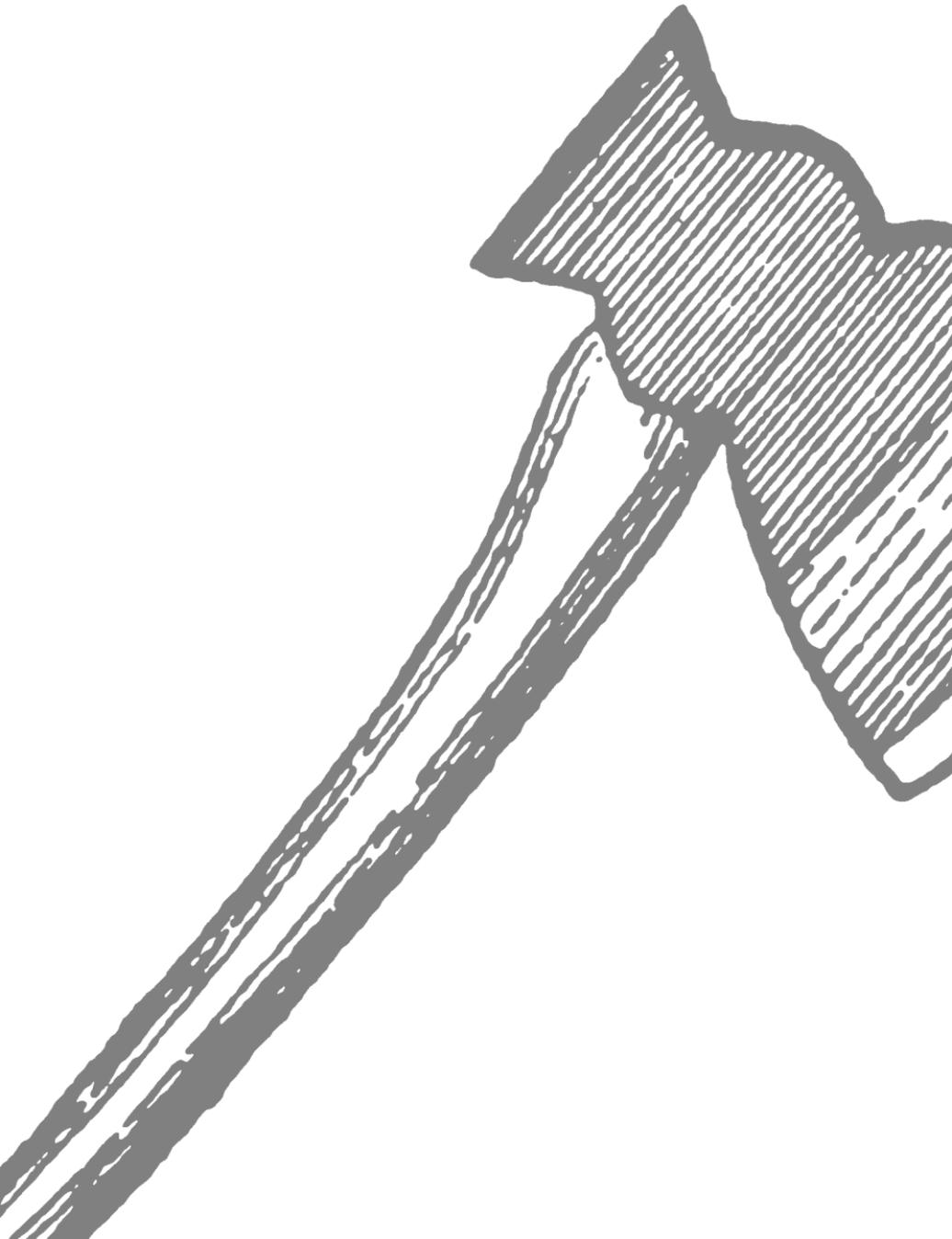
En su biblioteca hay unos cuantos volúmenes de siglos pasados -algunos de ellos franceses, quienes presumen de ser los inventores de casi todo en la jardinería y horticultura, y tampoco les falta una porción de razón-, varios manuales para la poda de frutales (ahora su mayor empeño es dominar esta técnica, que no debe ser en absoluto fácil), dos docenas de libritos de las marcas comerciales con consejos para prevenir y curar las enfermedades, unos cuantos libros sobre plantas y árboles, las obras de Noel Clarasó y un volumen, publicado en el último cuarto del siglo diecinueve, escrito por el gran Buenaventura Aragón, dedicado a la jardinería y floricultura, que lo tiene como si fuera el oráculo donde buscar los principios del funcionamiento de la materia verde. A pesar de todo, y de su bien probada maña con los de mi espe-

cie, el jefe dice, asegura el abuelo, que es un gran ignorante del mundo vegetal. Cada día que estoy con vosotros aprendo algo nuevo, suele comentar cuando me soba el tronco los días que se acerca para dar palique. Añadiré ahora que para mí vivir en este entorno es un privilegio y me aplico lo más que puedo en satisfacer aquello que de mí se demanda, que no es otro empeño que producir unos puñados de nueces. Poca cosa, en mi modesto criterio.

Y no quiero dejar que se pase este capítulo sin dedicar unas palabras al madroño, porque está a punto de irse a formar parte del compost. Para mí que hay un problema con este árbol que deriva directamente de las hormigas. Sabido es que estos animales viven muy bien a costa del pulgón que tanto daño hace al mundo verde en general. Menos sabido es que hay hormigas que llevan los pulgones hasta las raíces de algunas plantas donde ellas tienen sus nidos para que el simple hecho de recoger la melaza que producen aquéllos sea todavía más fácil.

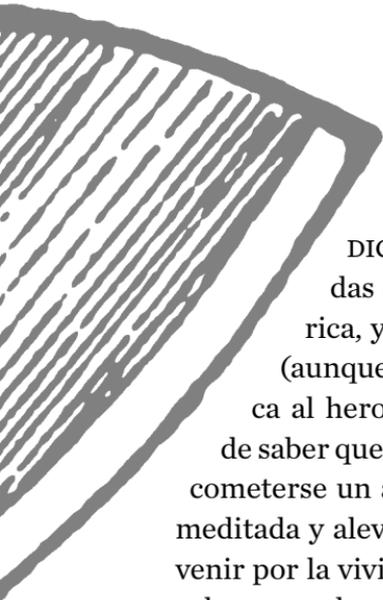
Creo que eso es lo que está padeciendo el madroño: tiene en parte de las raíces una colonia inmensa de pulgones que también han arrastrado un hongo que, a la postre, está secando la planta. De manera que la codicia de la hormiga está teniendo su penitencia porque, al paso que van las cosas, se muere el árbol, pero también el hongo y los pulgones. O sea, que las hormigas, avariciosas en grado máximo como nadie que sea

de mi especie pueda imaginar, se van a quedar a la luna de Valencia en cuestión de semanas. Don Conrado ha dicho, después de consultar con Antonio el jardinero, que va a cortar y eliminar la mitad del árbol (el madroño no tiene un único tronco) a la espera de que la otra parte se recupere. De momento ha escarbado alrededor de la zona afectada y la ha rociado con un producto anti hormiga que va a dar sus resultados en tiempo inmediato porque, asegura don Conrado, está comprobado que destruye a los insectos, las larvas y sus nidos. Que así sea.



12

A PUNTO DE COMETERSE UN ASESINATO



DICEN POR AHÍ las gentes bien informadas que corren malos tiempos para la lírica, y no voy a ser yo quien los contradiga (aunque lo nuestro sea un drama y pertenezca al heroísmo de la épica), porque acabamos de saber que en nuestros dominios está a punto de cometerse un asesinato, además de una forma premeditada y alevosa. Hace unos meses comenzaron a venir por la vivienda de don Conrado gentes que llegaban con planos, metros, papeles para el dibujo, rotuladores de colores y ganas de meter la nariz donde no debían. Nosotros, los vegetales, no pudimos saber a qué coño habían llegado porque fueron visitas no muy largas que finalizaban dentro de la casa con reuniones en las que se hablaba de una forma imprecisa sobre todas las cosas, y se bebía bastante, que todo hay

que decirlo. Con estas visitas, casi de forma habitual, aparecía un arquitecto amigo de la familia que hablaba poco pero tomaba muchas notas de lo que se estaba diciendo.

Hasta aquí todo normal porque hacía un tiempo que el jefe hablaba de cubrir la piscina y todos pensamos que el movimiento humano desplazado a nuestro jardín obedecía a la planificación de la caperuza que debería cerrar la alberca con el objeto de poder utilizarla cuando llegan las temperaturas bajas. Incluso hicimos bromas sobre la posibilidad de que este cubrimiento se extendiera a otras partes de la finca, pero sobre todo a los frutales, que somos los que peor lo pasamos en los inviernos que nos toca soportar. Decía el abuelo que con una fundita de metacrilato transparente, perforada para permitir cierta aireación, el melocotonero iba a quedar de maravilla porque el árbol necesita una ayudita para dar el tirón que todos esperamos. También comentaba que, para la hilera de frutales que se encuentra a la vera del seto de durillo del vecino, le vendría al pelo un parapeto que lo aísle de posibles nieves, ya que este invierno -que ha nevado de forma copiosa- hemos pasado un frío de bigotes: a la nieve acompañaron en días posteriores temperaturas tan bajas que convirtieron todo en hielo. Y, ya se sabe, que fríos tan intensos son muy malas compañías porque acaban con la flora más delicada.

Pues bien, todo este barullo sideral que teníamos por las ramas ha acabado de la peor manera posible porque hace unos días pude escuchar, sin interferencias y de la propia voz de don Conrado, cómo le decía a la innombrable que ya sólo faltaba el permiso del ayuntamiento para comenzar las obras y que el salón iba a quedar espléndido. ¿Aumentar el salón? Eso significa que las especies que ahora se encuentran en un parterre adosadas a la terraza sur desaparecen o, en el mejor de los casos, son trasplantadas a otras zonas de la finca. ¿Y el platanero? ¿Qué pasa con el abuelo, nos preguntamos todos con rabia? La respuesta nos la dio el jardinero Antonio cuando se enzarzó en una disputa dialéctica con la innombrable, en la que pretendía poner un gramo de cordura allí donde únicamente crecía el despropósito.

Explicaba el jardinero:

-No toques un ejemplar tan antiguo porque hacerlo representa un sacrilegio vegetal. En todo caso puedes podar dos de sus ramas y asunto concluido, que este árbol ya desarrollará bien el resto. Conozco una ciudad que se llama Pamplona donde troncharon decenas de plataneros mayores que éste en edad y tamaño, frente a la plaza de toros (querían aliviar las vistas de la zona, dijeron), y aunque cojitrancos y mutilados los árboles han recuperado gran parte de su aspecto anterior en menos de tres años. Esta especie es dura y no da problemas. Y tienen un tronco soberbio.

A lo que la innumerable contestaba:

- Pero son unos guarros porque desde finales de agosto están tirando hojas que se meten por todas partes. Fíjate que cuando hay viento, en un descuido, se cuelan hasta la cocina. No, no quiero mantener este árbol vivo porque da mucha guerra.

El jardinero Antonio ha hablado también con don Conrado y sostiene que la ampliación vendrá bien a la casa pero también la sombra que produce el platanero, porque es zona sur y le pega el sol de manera inmisericorde durante el verano. Parece que don Conrado está buscando una solución de compromiso entre los intereses generales (ampliar la casa), los de la innumerable (talar el árbol para evitarse trabajos) y los suyos propios (mantener el ecosistema, ahora que la finca ha conseguido un equilibrio entre generadores de madera y productores de fruto). Pero no resulta fácil porque la ampliación llega hasta la misma cepa del abuelo y por más que le corten las ramas que orientan al norte también han de rebanar una parte de sus raíces cuando excaven para macizar los cimientos. El abuelo ha comentado -es lo único que ha dicho en estos días- que admite la tonsura pero que si meten los aceros para desmochar sus raíces fina de pena en menos de un año.

EN ESE DEBATE ESTÁBAMOS cuando una mañana de lunes, muy temprano, se oyó el ruido de motores y un

brazo metálico apareció por encima de la verja llevando una excavadora que, a lo que se vio, no pasaba por la puerta exterior. Bajaron la máquina al suelo y un operario malencarado la puso en marcha para acometer una zanja en perpendicular al tronco del abuelo. No era una zanja cualquiera sino una trinchera para almacenar tropas en caso de invasión, o algo parecido, porque en menos de una hora transformó el paisaje de la finca. Iba el individuo malencarado montado en su máquina y a cada pasada desgarraba un poco más las raíces del abuelo, que aguantaba con estoicismo esta cruel mutilación.

Al mediodía apareció Antonio el jardinero y habló con don Conrado.

-Con los cortes que ha recibido en las raíces dudo de que este ejemplar pueda vivir, decía apesadumbrado. Podemos intentarlo aplicando pasta cicatrizante pero pongo muy en cuarentena que eso funcione.

Don Conrado insistía:

-Hay que podarle también dos de las ramas, las que se echan sobre la casa.

Y la innombrable remataba:

-Mejor talarlo ahora mismo y aprovechar que está la máquina para que saque las raíces, que ya se sabe lo que pasa luego. Donde hubo un árbol brotan las setas como por encanto.

Nosotros, todos los vegetales que estamos como se dice ahora on line gracias al esfuerzo inventor que

hizo el abuelo, sentíamos vértigo y pellizcos de aserradora por debajo de la corteza, estériles para reaccionar de alguna manera. Cuando llegó la hora de comer desapareció el ruido de la excavadora y se dejaron oír las voces de los dueños.

-Mejor quitar hoy mismo todo y olvidarnos del árbol, repetía la innombrable.

-Para mí, lo mejor es dejar el platanero podado y sin raíces en esta parte y esperar a ver qué pasa. La sombra de este árbol nos viene muy bien y nos costará años conseguir un ejemplar tan magnífico como el que tenemos ahora, comentaba don Conrado

-Es muy sucio, repetía la innombrable.

-Eso tiene remedio, contestaba don Conrado. Podemos hacer como el ayuntamiento de París, que comienza la poda de los plataneros en los Campos Elíseos dos semanas antes de que finalice el verano. Así se evitan recoger hojas del suelo durante varios meses.

-Tú dirás lo que quieras pero si quitamos el árbol ahora que estamos en obras podemos plantar uno nuevo cuando esté todo finalizado, mientras que si lo hacemos dentro de un año -porque el platanero se seca- habrá que mover toda esta zona al completo para sacar las raíces. Además, ya te he dicho que prefiero otro árbol, un álamo quizás.

-Eso nada, respondía don Conrado, que ya tenemos uno fuera de la finca y nos pone blancos todas las

primaveras con la borra que expulsa. ¿O es que no te acuerdas?

-Claro que me acuerdo, Conrado, pero también recuerdo que me has comentado en alguna ocasión que hay especies de chopo que no sueltan esta pelusa, ¿o no?

-Claro, claro, Adela, pero pienso que no es este el momento de talar nada. Prefiero esperar.

-Pues yo, porfiaba la innumerable, te digo que ahora es el momento de talar. No dentro de un año.

Esta conversación tan insufrible para nosotros continuó en el interior de la casa mezclándose con el sonido de la voz de un locutor de telediario que hablaba de los logros del gobierno en materia de control de precios, algo que interesaba más a nuestros propietarios que la salud de su familia vegetal. Triste sino el nuestro, he de decir.

Durante el tiempo que duró el almuerzo de don Conrado y señora el olmo dijo aquello de: cuando las barbas de tu vecino veas pelar, pon las tuyas a remojar. Sabía él, sabíamos todos en el jardín, que abierta la veda criminal los siguientes podían ser el olmo y el chopo, ambos incómodos vecinos por su condición de invasor, el primero, y enmugrecedor, el segundo.

En esas estábamos cuando volvió el tipo malencarado y arrancó la máquina. Debían ser las tres de la tarde, nos encontrábamos en mitad de una primavera algo lluviosa y el subsuelo estaba recuperándose de un invierno letal (hizo un frío como no recordábamos).

El tipo, quizá por hacerse el hombre, quizá porque nadie le dijo lo contrario, enfiló de costado con la cuchara izada a media vela y comenzó la operación de tumbar al abuelo. Nosotros reaccionamos como pudimos y se originó una corriente de viento impulsada por el movimiento enérgico de las ramas de todos mis hermanos de jardín. Incluso el olmo imitó el silbido del abuelo intentado llamar la atención, pero el chófer de la excavadora estaba a tumbar como fuera el tronco del platanero porque lo que de verdad quería era finalizar el trabajo y pasar la factura, que era trabajador autónomo de la construcción y alquilaba maquinaria según lo necesitara.

Durante una hora hubo un combate desigual porque el abuelo fue recibiendo cuchilladas mientras se afanaba, ya escaso de fuerzas, por sujetar el tronco de la manera que fuera: casi sin piernas y sangrando savia lechosa en cada corte que le atizaba el sicario. Fue una lucha en inferioridad de condiciones porque el abuelo no tenía modo para defenderse y don Conrado se había ocultado en el interior de la vivienda, quizá para no ser testigo de una muerte tan cruel como estábamos viviendo en directo. Nadie defendía al platanero (ciertamente nosotros, con los movimientos de las ramas, no éramos nadie en aquellos momentos trágicos para todos) y en un golpe de gracia el tipo de la excavadora logró tumbar el tronco del abuelo llevando en la caída buena parte de las raíces.

Luego se hizo el silencio, un silencio nunca mejor dicho sepulcral, que rompió alegremente el homicida cuando llamó por su teléfono móvil al conductor del camión grúa para que sacara de la finca por los aires la maquinaria arrendada que había asesinado al abuelo. Fue entonces cuando nosotros dejamos de aletear las ramas y comenzamos a llorar sin poder evitarlo. Habían matado al patriarca de la finca a golpes de fierro forjado, se había muerto el abuelo, estábamos desnudos y solos frente al destino. Cruel destino, añado.

Por la tarde llegaron dos operarios de Antonio el jardinero y troncharon los restos del abuelo en pedazos que pudieran servir para dar calor a la chimenea, siguiendo las instrucciones de la innumerable. Por la finca había un vaho que se había formado a causa de las lágrimas que todos fuimos dejando por los troncos y que nos ocultaba de nuestras propias vergüenzas. También había miedo ya que, caído el abuelo, qué porvenir nos esperaba al resto, que éramos unos recién llegados: ¿más de lo mismo en un par de años? Con esta angustia como telón de fondo plisado nos hemos intercambiado mensajes y tenemos una postura común: si hay que morir, al menos que sea matando. Me voy a explicar para que nadie elucubre conjeturas.

El acuerdo al que hemos llegado las especies verdes de madera es, más o menos, el siguiente: los árboles de hoja la vamos a tirar a mediados del verano, cuando más aprovecha la familia la piscina y su entor-

no, para ver si incomodamos los baños de sol y atasamos los filtros (cada árbol, de media, tiene doscientas cincuenta ramas y cada rama ciento cincuenta hojas. Unas 37.000 hojas por tronco, calculen...) Los que, además de hoja, tenemos frutos no vamos a dejar que se polinicen nuestras flores durante un tiempo que todavía no hemos fijado pero que, adelante, no va a ser corto. Esto quiere decir que al no haber flor madurada sexualmente tampoco habrá frutos. Y lo que va a ser peor para la familia del jefe: cuando llegue la procesionaria, y debo decir que estamos a falta de unos pocos días para que se deje ver en nuestra zona, la vamos a recibir con los brazos abiertos para que campe a sus anchas, para que haga sus nidos donde quiera, para que expanda al aire sus rejonos de castigo. Todos a colaborar para hacer un poquito incómoda la vida a esta familia que tan poco respeto ha tenido con sus familiares de corteza.

Nos duele por don Conrado, que es un jefe honesto y ha demostrado con hechos ser un buen compañero, pero no nos queda otra alternativa: o con ellos (es decir, su familia) o con nosotros (su familia vegetal, si así se nos puede denominar). No habrá punto medio. Como tampoco habrá caracoles, aunque sí babosas, hormigas que tienen la orden de llegar al interior de la casa, lagartijas que deben aparecer por la cocina, cucarachas por el baño, avispas por la piscina, mosquitos por la noche, ratoncillos que trasmutan en ra-

tas peludas, córvidos que han de teñir el cielo de negro y gatos maullando durante todo el día. Y, por supuesto, ni una flor porque todas las plantas sin excepción se han puesto de acuerdo para no abrir los capullos y privar al jardín de la explosión de color que recibe todos los años cuando pasan los inviernos (en esto salimos todos perjudicados pero qué le vamos a hacer, hay que mantener el tipo). Ya lo dije antes: de morir, matando. Dicho queda.



13

(Y FINAL)

HAN PASADO DOS AÑOS desde que el abuelo nos dejó de aquella manera tan brutal y, aunque es una imagen difícil de borrar (o de perdonar la infamia), se hace conveniente aclarar que también han ocurrido muchas más cosas (como no podía ser menos dada la unión que hemos demostrado todos los verdes) dentro del jardín y no todas desagradables para nosotros. Creo que la primera primavera sin el abuelo la recordarán para siempre (me refiero a la familia de don Conrado) porque llegó la procesionaria, lo invadió todo todito, incluida la puerta de la vivienda, produjo urticarias, conjuntivitis, picores, enrojecimientos, toses, en fin, todo lo que tiene el animal en su catálogo de maldades y alguna cosa más que se sacó del zurrón. Luego se fueron las mariquitas -porque así se lo pedimos los verdes- y vinieron los pulgones. No

unos cuantos pulgones sino decenas de miles de pulgones que se colgaron de los brotes de todos nosotros y chuparon savia hasta hincharse como globos.

Más tarde aparecieron los hongos, luego otros insectos y al final el cancro, todos en riguroso orden dañino. Los pájaros migratorios pasaron también por nuestro jardín haciendo de la piscina un gigantesco mingitorio y de los alrededores un estercolero. El olmo brotó en lugares no verosímiles, el chopo tiró su pelusa con tanta intensidad que parecía, en mayo, que estaba nevando.

No hubo flores porque así lo acordamos. No dimos un fruto y los pocos que se despistaron se los comieron cuatro córvidos cariacontecidos. Compactamos, estirando las raíces, la tierra que está bordeando la casa hasta dejarla prácticamente macizada, con lo cual la lluvia apenas filtraba y había charcos por doquier. En una palabra: les hicimos la vida un poco más complicada y demostramos nuestra unión contra la barbarie. Si hasta la muerte del abuelo nosotros éramos sus aliados, ahora somos sus enemigos. Pero hubo más.

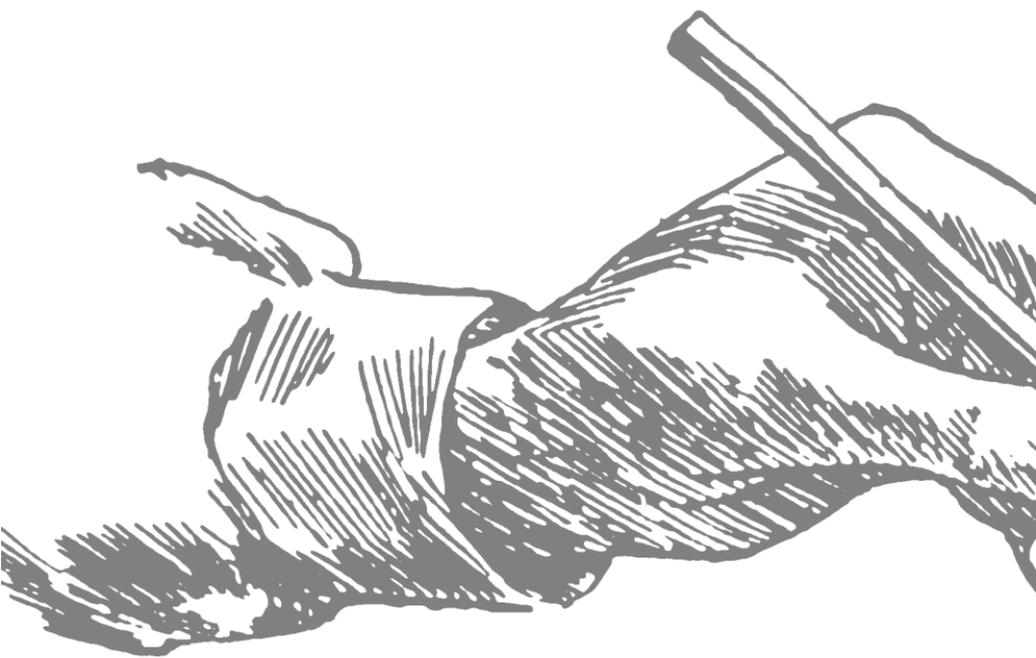
La innombrable seguía tonteando con el joven que se la trajinaba, ignoramos por qué oscuros motivos (tiene un marido que no se lo merece, eso es muy evidente). Y, claro, tanto va el cántaro a la fuente que un día se rompe hecho añicos. Eso fue lo que pasó: don Conrado descubrió el fornicio extramarital de su es-

posa la única vez en su vida que perdió un avión y tuvo que regresar a casa sin poder hacer el viaje. Omito los detalles pero en aquella bronca hubo de todo, porque salió a relucir lo más oscuro. Los hijos de la pareja, que hasta entonces había quedado al margen, mostraron aquel día una determinación casi feroz: no querían seguir viviendo en la casa porque no daban abasto con las alergias. Y así una detrás de otra.

TODOS LOS INFORTUNIOS vinieron en catarata y el jefe, ya separado legalmente de la innumerable y sin ganas para más pelea, ha comenzado a pensar en la posibilidad de darle pasaporte a la finca, como ya hiciera su anterior propietario. A nosotros no nos hace gracia; es más, nos gustaría que don Conrado se quedara, porque es persona joven y ha de rehacer su vida a nada que se lo proponga. Y con mejor costilla que la anterior, eso seguro. Pero ya es decisión suya. Ahora es invierno y estamos todos bajo mínimos intentando sobrellevar de la mejor manera este frío húmedo que se nos clava a martillazos. Apenas si cruzamos un par de comunicaciones diarias aunque, proclamo urbi et orbi, hemos dado por finalizado el bloqueo que sometimos a los dueños de la casa a causa de su infame comportamiento con todos los de nuestra especie.

A partir de ahora, pase lo que pase, cada quisque vuelve a la normalidad: el manzano a las manzanas, la vid a sus uvas, el euonymus a sus hojas y yo a mis nue-

ces. Estamos huérfanos como nadie puede imaginar pero unidos hacia el futuro. Don Conrado parece que tiene puesta en venta la casa ya que por nuestro jardín pasa mucha gente comentando qué bonito está todo e interesándose por la variedad de frutales que pueblan la parcela. Qué gran paradoja la nuestra: servir de cebo en una venta cuando antes se nos humilló hasta el desprecio. En fin, creo que voy a cerrar esta comunicación y mantengo la espera hasta que se resuelvan las dudas del jefe con el futuro de su vivienda (no se imaginan cómo nos gustaría que acertara con la decisión que tome). Entre tanto quiero recordar este aserto que escuché una vez a personas con juicio: Quien tiene un jardín, tiene un tesoro. Muchas gracias.



ADENDA



ME LLAMO CONRADO

Salamanca, soy el propietario de este jardín cuyas aventuras acaban de conocer (al igual que yo), y debo de decir que estoy con la carne de gallina por lo que me he enterado a través del relato tan detallado que nos ha hecho el nogal. La primera lección que se advierte leyendo las páginas anteriores es que los humanos tenemos un comportamiento hacia el resto de los seres vivos que, si lo aplicáramos a nosotros mismos, haría tiempo que

hubiéramos desaparecido de la faz de este perro mundo.

No creo que el hombre únicamente sea un lobo para el hombre; peor todavía, el hombre siempre es un contrahombre cuando se enfrenta a los de su especie, pero es el megapredador si tiene que vivir junto a otros seres de menor rango. Desconocemos los humanos (lo desconocía yo, al menos, y creo que es un mal generalizado) que en la esfera vegetal existe un orden en virtud del cual los cambios no se producen de manera aleatoria sino de acuerdo a pautas que todavía ignoramos. Ello significa -a pesar de todo y por fortuna- que el régimen de funcionamiento de los vegetales se desenvuelve de la manera tan ejemplar que conocemos ahora, ya que han sido los propios verdes quienes han establecido un código moral que les permite vivir y dejar vivir (que no siempre es fácil).

Sin estos códigos de comportamiento y de autocontrol qué sería de nosotros los humanos, me pregunto. Porque, ¿se pueden imaginar ustedes que cualquiera de los árboles que aparecen en este memorándum creciera, tal vez, como le diera la gana y nos encontrásemos con tilos de cincuenta metros de alto, nogales con cuarenta metros de copa o fresales de diez metros de altura? ¿Nos gustaría encontrar hormigas del tamaño de un cordero, pulgones de la talla de un gorila o mariquitas como buitres leonados? ¿Podríamos pensar que el resto de las especies evolucionasen y, siguiendo nuestra infernal carrera por la tecnología y el desarrollo, mañana aparecieran dominando la tierra? Hoy podemos contestar que no pero quién sabe qué ocurrirá pasado de continuar por este veril transgénico en el que nos hemos metido los humanos, como si de una carrera de velocidad se tratara.

Viene todo lo anterior a colación de lo que subyace en esta historia. Existe un orden, diferente al de la especie humana (en nosotros podría decirse con total propiedad que existe un escalafón del desorden, antes que cualquier otra cosa), que hace posible la concordia entre los verdes que, no lo olvidemos, son nuestros auténticos alvéolos con los que funcionan los pulmones (además de reparadores de buena parte de nuestros defectos más comunes).

Tiene la especie vegetal mala prensa entre los ignorantes y ya es sabido que la ignorancia (que en multitud de ocasiones, por lo que se ve, se transmite por vía respiratoria entre los humanos) es lo último que se pierde, una vez que se agarra al estilo de los pelos urticantes de la procesionaria. Por no hablar del atrevimiento que tienen los ignorantes, ya que esta materia la dejo para la política, no en vano creo que en esa charca se reproducen por esporas buena parte de quienes por ella viven. Hay ig-

ignorancia sobre los verdes, sí, yo soy el primero en reconocerlo como se deduce de las páginas anteriores. Y también algo peor: sutil desprecio. Cuenta el nogal que mi esposa -perdón, mi ex-esposa- sentía por el jardín lo mismo que por las piedras que coronan los montes: nada. Pero como su ignorancia era tan atrevida sobreponía el puro interés estético al orden natural de los elementos que conforman este mundo inanimado, y eso acaba produciendo la catástrofe más temprano que tarde, como bien hemos podido comprobar en estas páginas. No quiero alargarme más para no resultar pesado. Creo, como dice el nogal, que quien es propietario de un jardín -por pequeño y rústico que éste sea- tiene un tesoro, tiene una mina de la que puede sacar oro. Únicamente ha de ir amoldando con sus manos los elementos del terrario, procurando en todo momento dar a cada uno lo que demanda. Si posee una parcela de dimensiones reducidas no preten-

da plantar secuoias ni sauces (por más que se lo proponga su proveedor de materia vegetal viva); confórmese con otras especies igual de generosas para la vista que le serán fieles hasta el final. Como lo debe de ser usted con sus vástagos vegetales. No olvide que son también de la familia y tienen, al menos los de mi jardín, un lenguaje que les sirve para actuar al unísono.

Por cierto, después de conocer la jácara que ha contado el nogal ni vendó la casa, ni cambio de lugar, ni hago ya más tonterías. Tan sólo transmudé de señora (tengo desde hace meses nueva pareja) y, a lo que se ve, de buena me he librado. Pero, por favor, que nadie saque conclusiones misóginas de lo que acabo de decir: tontos hay en todas partes, terdos en muchas, pero un gilipollas como el humano sólo se encuentra entre los varones. Por lo que en este relato se ve -y se puede deducir sin grandes esfuerzos- yo fui uno de ellos. Hago

desde este mismo momento propósito de enmienda.

Acabo refiriendo algo que hasta ahora no he contado en parte alguna (ni tenía intención de hacerlo hasta que conocí el relato del nogal): determinados árboles del jardín y también algunos arbustos me recuerdan individuos de mi pasado que nunca quisiera haber conocido. Este fenómeno de asociación entre vegetales y humanos no lo había padecido hasta ahora y jamás hubiera pensado que algo así pudiera suceder. Sin embargo es como lo cuento: el acebo tiene la misma cara que un profesor de anatomía que padecí en la universidad, la la-gerstroemia es la representación de un jefe de servicio que nunca debió llegar a tal, en el peral se reencarnó una novia que tuve tiempo atrás a la que nunca podré perdonar su lengua bifida, la yuca semeja un cabrón que se rió de mí aprovechando que a veces soy un ingenuo que confía hasta el límite en aquellos

que me rodean, el tejo es un fulano con cara de emplasto que años antes fue mi gran amigo y ahora es un desconocido con aspecto de gallipava. Y un blando.

En toda la finca tan sólo hay un árbol que esconde tras la hechura de su cono deshilachado un recuerdo cándido: es el libocedro de dos colores, pero nunca revelaré a causa de qué. Espero que sepan disculpar esta nostalgia tan inusual.

FERMÍN GOÑI (Pamplona)

Licenciado en Periodismo y Ciencias Políticas. En el ámbito periodístico, ha trabajado para los diarios Deia y El País, ejerció como corresponsal en España de Radio France International (Radio París), ha dirigido el periódico Tribuna Vasca, fue director general del Ente Público Radio Televisión Navarra, ha sido consejero delegado y fundador de Diario de Noticias y consultor en diversos medios de comunicación de Iberoamérica. En su faceta de escritor, ha abordado diversos géneros, que incluyen la narrativa, el ensayo o los libros de viajes. Es autor de las novelas *Los escandalosos amores de mis amigos* (1987), *Y en esto llegó Fidel* (1993), *Las mujeres siempre dijeron que me querían* (2001), *Putá vida* (2002), *El hombre de la Leica* (2006), *Te arrarán las tripas, negro* (2008), *Los sueños de un libertador* (2009) y *Una muerte de libro* (2011).

